



REVISTA DE ESPAÑA

22.

COMITÉ DIRECTIVO: ANTONIO ESPINA, ADOLFO SALAZAR, JOSE DÍAZ FERNANDEZ



SUMARIO

- Nuevos y Viejos (Editorial).
- Política argentina (Editorial).
- La liquidación de la guerra (Editorial).
- Meditación política: Luis Jiménez de Asúa.
- Carta de Berlín: F. Fernández Armesto.
- La vida en Hispanoamérica: Ramón J. Sender.
- El trabajo en Norteamérica según un obrero europeo: J. de Abendaño.
- Las relaciones de Shakespeare con Ben Jonson: Luis Calvo.
- Cartelera teatral: Dongo.
- Oleaje (verso): Jorge Guillén.
- Literatura alemana.
- Carta de París: Darius Milhaud.
- Rifi-Rafe.
- Cuatro diálogos familiares de Cervantes: Azorín.
- Libros: Una obra de Remizov: Benjamín Jarnés.
- Romanticismo y Academia. Un siglo de experiencia: Adolfo Salazar.
- Tristeza - Dinero - Muerte: José Sanchis Banús.
- Vida española. Galicia: Otero Espasandín.
- La quincena internacional: La Haya. Ginebra. Londres.
- Política futura. El nuevo liberalismo: José Díaz Fernández.

Ayuntamiento de Madrid

PRECIO: 35 CTS.



NUEVA ESPAÑA

REVISTA QUINCENAL

Año I — 30 de enero de 1930 — N.º 1

Comité directivo: Antonio Espina, Adolfo Salazar, José Díaz Fernández.

Redacción, Administración y Talleres:

ALTAMIRANO, 18. - TEL. 40505

Nuevos y viejos

Asistimos estos días a dos encuestas sobre política. Una encuesta de jóvenes y una encuesta de viejos. Conviene advertir que no profesamos el fetichismo ideológico, y que para nosotros juventud y vejez son, más que nada, fechas espirituales. Pero en este caso el plebiscito juvenil arroja una suma de preocupaciones nuevas, mientras que el de los viejos políticos no demuestra otra cosa, con rarísimas excepciones, que el de dar vigencia en lo futuro a los mismos hombres y los mismos sistemas. Si esto sucediese después de una experiencia dictatorial de seis años el envilecimiento tendría caracteres de catástrofe histórica.

No nos mueve ningún resentimiento de rencor personal contra los hombres de la vieja política dinástica. Pero sentimos contra ellos la enemistad irreconciliable de las ideas. Lo hacemos responsables, por inhibición y por impericia, de cuanto ha acontecido en la política española, incluso de haber colaborado en el advenimiento de la dictadura. Esos hombres no han servido nunca otros intereses que los intereses tradicionales, y no nos extrañaría que, con tal de disfrutar del Gobierno, abrigasen el propósito de seguir sirviéndolos. Y como España, antes que otra cosa, lo que necesita es arrojar por la borda esos intereses para afrontar desembarazadamente los problemas nacionales, es preciso recusar a esos hombres, liquidarlos de modo definitivo. Nosotros no compartimos esa ingenuidad en circulación de que existen los viejos partidos dinásticos. No existen porque muchos de sus componentes colaboran desde la U. P. con la dictadura y otros se han separado de sus jefes en tardío y evidente arrepentimiento.

Lo cual no quiere decir que el país, cuando recobre su legítima soberanía,

carezca de hombres nuevos capaces de regirlo. Uno de los resortes más poderosos de la democracia es, precisamente, su capacidad seleccionadora. Déjese al pueblo que elija sus hombres, y con ellos, gracias a su fina intuición, escogerá la política del porvenir. Porque la dictadura no ha sido más que un accidente de la política de la Restauración, una consecuencia del constitucionalismo canovista. Y no vamos a desear que después de esa fractura inevitable, el viejo mecanismo se recomponga y siga funcionando como antes.

Política argentina

La personificación del credo radical de Irigoyen ha llevado a la política argentina a una situación que hace veinte años hubiera parecido a los mismos radicales francamente lamentable. Esto no quiere decir que la fracción radical enemiga de Irigoyen—antipersonalista—haya logrado algo mejor manteniendo la doctrina del partido en su pureza orgánica primitiva. Con personalismo o sin él, el partido radical argentino, que que restablecer la normalidad del sufragio, perdió su razón de ser en cuanto alcanzó el Gobierno. Entonces debió reorganizarse, vivificarse. Las aspiraciones que mantenían compacta a la masa radical se habían realizado, y el partido necesitaba nuevas doctrinas.

Hubiera sido lógico trasladar la meta a terrenos más avanzados dentro de las posibilidades de la democracia argentina. A falta de esto, uno de los sectores se obstinó en crear en torno a la figura de Hipólito Irigoyen una aureola de apóstol. Y el actual presidente de la República encarnó desde entonces la buena nueva, aunque por sus especiales condiciones personales—poco dadas a la oratoria—no la predicara. Esa buena nueva nadie sabe aún en qué consiste, pero frente al otro sector radical, falto también de contenido doctrinal y además del aglutinante del apostolado, la superstición irigoyenista debía imponerse y prosperar.

El Gobierno de Irigoyen en estos dos años ha decepcionado a muchos radicales indecisos; pero lo innegable es que ha consolidado el orden interno de su partido. La intolerancia con el enemigo o simplemente con el discrepante ha confortado el espíritu de combatividad de los irigoyenistas. Independientemente de la acción del Gobierno, esta combatividad ha alcanzado extremos que en otro país bastarían para desprestigiar una política. En la Argentina por el res-

peto a la democracia y—justo es decirlo—por la mayoría absoluta de los ministeriales, no ha hecho más que agriar los comentarios y enconar los denuestos de conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas, reducidos a minoría dispersa.

La liquidación de la guerra

La Conferencia de La Haya terminó con unas palabras pacifistas del señor Snowden, ministro inglés de Hacienda. «Después de resueltos estos delicados problemas financieros derivados de la guerra—dijo el señor Snowden—ya no habrá aliados y enemigos ni ex aliados y ex enemigos, sino camaradas leales que trabajarán juntos por la causa de la paz.»

La Conferencia llamada de liquidación de la guerra debía efectivamente producir un resultado tal como manifestó el ministro inglés. Sin embargo, es fácil no compartir completamente su optimismo, aunque el plan Young represente para Alemania un alivio sobre las obligaciones, acaso humillantes, que la imponía el Tratado de Versalles, verdadera declaración de vencedores y vencidos, que establecía para siempre la clasificación de aliados y enemigos, que ahora se quiere borrar con un gesto que sería irónico si no estuviera bien inspirado.

En La Haya se han enfrentado los nacionalismos europeos, representados por sus más caracterizados políticos: Tardieu, por Francia; Schacht, por Alemania; un ministro fascista, por Italia; Schöber, por Austria, etcétera. Únicamente el ministro británico podía representar la idea liberal, y por eso ha sido él quien ha querido traducir el resultado de la Conferencia con palabras que, si son un poco exageradas, pueden tener una significación en el porvenir.

No hay duda de que el choque de estos nacionalismos ha dado un resultado internacionalista; pero no hay duda de que cada uno de los ex aliados cree poder celebrar el triunfo logrado por lo que llama reconocimiento de sus derechos, mientras los ex enemigos conservan el amargor de una nueva derrota.

En tanto esto sea así, no se conseguirá la verdadera liquidación de la guerra. No será con palabras con lo que se borre del ánimo de los pueblos la sensación brutal en que se engendran todas las guerras, de que existen vencedores y vencidos, de que sigue siendo ley la del más fuerte y de que la solución del problema está en esperar el momento propicio para que los vencedores de ayer pasen a ser los vencidos. Es decir, cuando los nacionalismos pueblismo que ha aparecido en el horizonte como signo de esta nueva era. A menos que el espíritu internacionalista cumpla su misión, y las palabras sean realmente una expresión de hechos reales.

ESTE NUMERO HA SIDO RE-

VISADO POR LA CENSURA

Ministerio de Madrid



MEDITACION POLITICA

R. Ser republicano y liberal

Confieso que soy algo más que republicano y liberal. En esta etapa de la vida española, República y Libertad son las más inmediatas conquistas que debemos proponernos. Rosa Luxemburgo, que había hecho política socialista toda su vida y que poseyó una pupila perforante la realidad, compuso, en instante memorable, un artículo en holocausto de la idea republicana. No faltaron entonces críticas de sus camaradas de lucha, acusándola de mantener una fórmula burguesa.

Tan cierto es lo afirmado, que los socialistas, que desque se deshizo la conjunción hablaron con poca insistencia de la forma de Gobierno, cargan hoy el acento en República. En el homenaje a Jaurés, una parte considerable de sus discursos se destinó al elogio del único sistema democrático, que en estos momentos supone en nuestro suelo el primer combate. Y, como hombres de visión política, no dejan de subrayar su anhelo republicano en las columnas de su periódico.

La Libertad es otro de nuestros urgentes objetivos. Se repite por personalidades del más alto relieve que la libertad es algo «digerido», superado. En orden a una de sus facetas también se agregó, por más de un sedicente liberal hispano, que el problema religioso no contaba ya en los debates políticos. Cierto, si se mira a Europa; pero falso, peligrosamente falso, si se contempla España. Lo mismo ocurre con la libertad en su total volumen: el inglés y el francés ya la han digerido; mas el español a pasado tiempos de rigurosa dieta para no atragantarse con manjares tan fuertes.

La primera condición de todo hombre político es no hacerse ilusiones desmedidas y enfrentar las realidades que le rodean. La Libertad es un producto exótico en nuestro clima y es forzoso naturalizarla. Los mismos que dicen liberales sienten sus convicciones como algo monstruoso que brotó en su seno sin demandar permiso. Claro que no aludo a las clases intelectuales. Me refiero al hombre español de campos y pueblos. Desde que oí por vez primera esa contundente afirmación de que la libertad es algo tan connaturalizado con el ente contemporáneo que la siente de modo tan natural como el aire que respira, puse decidido empeño en captarla en el hombre español de tipo menos selecto. La experiencia fué desoladora. A menudo escuchamos: «Yo, como tengo estas ideas...» Y el ingenuo interlocutor alude a sus pretendidas convicciones liberales, como podría referirse a un defecto físico o a una enfermedad resignadamente padecida. Otras veces, un amigo hace, ante los familiares de un hombre de izquierda, el encomio de sus dotes de escritor, de médico o de catedrático y agrega con gesto compungido: «¡Qué lástima que piense así en política! ¡Con lo que hubiese logrado si no fuera tan rebelde!» La libertad se siente por el español como un pecado. Son muchos siglos de clericalismo cerril, de intromisión del cura en la intimidad de las familias, a través de la mujer y de la enseñanza religiosa.

Ser republicano y liberal, aunque sea ser «sólo republicano y liberal», es tanto en España, que los que somos algo más que eso nos daríamos por superlativamente contentos con hacer nuestra esa trinchera inmediata.

Ser republicano en servicio del socialismo

Declaro paladinamente, no sólo mi fe en los espléndidos destinos del socialismo, sino mi adhesión a su programa. No sólo ahora, sino en años anteriores al famoso 13 de septiembre de 1923, estuve inclinado a enrolarme en las filas socialistas, como miembro activo. Me detuvie-

ron antes motivos de vario orden, que ahora no es coyuntura propicia para puntualizar. Me lo impiden hoy causas bien netas, oriundas, no de discrepancias de táctica, de poca monta ante otras coincidencias más entrañables, sino de mi gran deseo de ver triunfantes las aspiraciones proletarias. La aparente paradoja merece ser explicada.

Los socialistas de más fina sensibilidad se percatan de que el pueblo español, tras de esta etapa de forzado silencio, de culpable inhibición del espíritu público y de milenarias trabas clericales, no está preparado para que gobierne el socialismo. Pueblos de la contextura del nuestro, pueden ser conquistados por una dictadura proletaria como la de Rusia; pero son todavía incapaces de vivir bajo un régimen socialista de carácter democrático. Si España ha de ser regida una vez por socialistas de tipo europeo, precisa larga convalecencia en un régimen de República burguesa, simpatizante con el socialismo, que permita a esas huestes propagar sus postulados y engrandecer sus cuadros.

Ya sé bien que mi modesta persona no desnute el partido de que emigra, ni acrece considerablemente la agrupación a que se suma. Pero si otros hombres auténticamente conspicuos de España tomaran puesto entre los socialistas, los enflaquecidos ejércitos de la República, mal podrían cumplir su faena transitoria, pero indispensable.

Viejo y nuevo republicanismo

Quien contemple el actual momento español, advierte, sin gran sorpresa, otro hecho. La opinión republicana ha crecido en nuestro país en proporciones mayúsculas. Pero los nuevos partidarios de esta forma de gobierno, en particular los hombres de años mozos, miran con desdén las viejas organizaciones republicanas. No entra en mi designio esclarecer la justicia o sinrazón de tan adverso fallo; pero sí me interesa subrayar su existencia. En la «exploración» de *El Sol* sobre el pensamiento de la juventud, aparecen cotidianamente parecidos de muchachos y mujeres nuevas. Es sobremanera grato comprobar que esta falange moza se sitúa en el hemisferio de la izquierda con encendido entusiasmo. Mas anótese que quienes declaran su convicción socialista se cuidan de añadir que son militantes del partido obrero, en tanto que los jóvenes partidarios de la República no están afiliados a las variadas agrupaciones vigentes. El nuevo republicano vive suelto, quizá en la esperanza de ver plasmarse una constelación inédita hasta ahora.

Hace muy poco comenté este hecho indiscutible en mi conferencia «Juventud», haciéndome circunstancial intérprete de los anhelos juveniles. La sociedad no se conmueve por la consecuente conducta republicana mantenida durante veinte, treinta y hasta cincuenta años por los más encumbrados o modestos postulantes de la venidera República. Con sonrisa irónica contestan los mozos que por eso, porque durante lustros y lustros se mantuvieron de esperanzas, han probado su inanidad para establecer en España nuevas formas políticas. La República no es como el buen vino, que gana embotellado. No es una aspiración teórica, digna sólo de figurar en tratados doctos, sino viviente forma de gobierno que si no se logra se avinagra y descompone. Los hombres del viejo republicanismo se domesticaron embotando sus arrestos en largos años de paciente aguardar.

LUIS JIMENEZ DE ASUA

Madrid, 5 de enero de 1925.

Carta de Berlín

El movimiento de juventud

El fenómeno, ya reiteradamente señalado, que hace de la nuestra una de las épocas en las que los valores de juventud han adquirido mayor auge y más marcada influencia en el ordenamiento de la moral, tal vez no pueda percibirse en ningún otro pueblo de manera tan patente como en Alemania. Naturalmente, que tampoco en pueblo alguno son tan evidentes como aquí las pérdidas y ganancias de la guerra. Hoy la vida alemana es casi sólo un balance de la guerra, con la angustia y la esperanza de todo balance. No sólo la política, sino también la literatura, el arte y la filosofía viven el primer período de revisión por que ha pasado el pensamiento alemán. Una época así se entrega a la vida sin reservas, anhelante de concentrar la vida toda en cada hora de existencia, y es, por propia naturaleza, favorable a la imposición juvenil. Posiblemente, en conjunto—de tiempo y profundidad—, la época que precedió a la guerra fué superior a la que gozamos nosotros; pero de lo que no hay duda es de que cada instante de ésta es muy superior a cada instante de la otra. Los valores de juventud se caracterizan porque asaltan todos a una cada momento de actuación, mientras que los de madurez se caracterizan porque cada valor tiene su momento de actuar.

Si se mira a la política alemana, se ve en seguida cómo predomina en ella lo puramente político sobre lo que pudiera llamarse arte de gobernar, cómo lo que se llama en otros países táctica política aquí es ambición política. Helleh decía recientemente que la política alemana de hoy, en su viva realidad, es la teoría social más grande que pudiera escribirse. Y se ha dicho también que quien nos gobierna en Alemania es el Gobierno. Todo esto significa que Alemania se dedica a su balance íntegramente; se vuelca en él con la abnegación, sin reservas, que un balance exige, para que de él puedan crecer frutos. Y la misma sensación de la molestia del recuerdo no es sino una sensación juvenil; en Alemania hay una predisposición maravillosa para olvidar—la guerra parece, desde el planeta del ambiente alemán de hoy, como algo que hubiera pasado rozando la vida de hombres lejanos—; dijérase

que la afición de Alemania a escribir historia es un arte de matar la Historia.

* * *

Naturalmente que en Alemania no existe ni ha existido una juventud vanguardista (esto de la «vanguardia» surgió en Suiza, durante la guerra, de un grupo de «boscados» de todas las naciones beligerantes, y jamás la consideró en Europa sino como un juego de bobos), sino una juventud de hombres mezclada a la vida y sufriendo en ella. Tampoco ha sido el dominio de la juventud una dádiva de la guerra, una ganancia de mar revuelto. A principios de siglo se remonta la organización juvenil alemana, y los dos grandes frentes de la juventud de hoy, el frente rojo, formado por más de cuatrocientos mil jóvenes comunistas y socialistas, y el frente nacionalista, con casi doscientos mil, provienen de una asociación cuyos fines eran fomentar la aptitud física y moral de la juventud: el «Wandervoegel». Para demostrar la autenticidad juvenil de la actual juventud alemana basta con apelar a ese punto de arranque común, dominado por lo joven sobre lo ideal.

Si en algo fué propicia la guerra al espíritu juvenil ha sido en cuanto en la guerra se aniquiló el imperialismo y se disolvieron las trabas de expresión que dominaban en Alemania. Y en esta juventud, ejercitada en ideas puras, se mantiene la República milagrosamente, por un bello milagro de la democracia—la democracia un poco hada y un poco mago—, que ya casi sólo sirve en el mundo para hacer milagros. Aun no siendo demócrata la juventud, la democracia ha podido beneficiarla, haciéndose ella joven o, cuando menos, dándose ritmo juvenil. Pero llegará el momento en que habrá que decir la última verdad en momentos ya a la vista. ¿Qué serán entonces partidos políticos de táctica como el católico, el populista, etc.? ¿Serán no más que un instrumento, cuando ya no sea hora de instrumentos.

La verdadera hora de la juventud alemana, en verdad, empezó a alumbrar cuando Martín Lutero le descubrió a Germania el camino de Alemania; desde entonces, Alemania quiere decir reforma. Para la auténtica, la última reforma, es para la que Alemania precisaba la disolución y la elementalización que le han dado la guerra y la juventud.

F. FERNANDEZ ARMESTO

Berlín, enero.

La vida en Hispanoamérica

Las elecciones de diputados y senadores nacionales que van a celebrarse para renovar la mitad de las Cámaras dan hasta ahora la impresión de que no modificarán en lo esencial la actual contextura. Irigoyen seguirá contando con mayoría en el Congreso y la minoría que tiene en Senado no decrecerá.

La fuerza del personalismo no ha sido aminorada por la decepción que muchos partidarios de buena fe han recibido en estos dos años de gobierno. Una gran parte de la opinión irigoyenista culta la forman los funcionarios, que siguen a su lado, ligados por intereses materiales. La masa política que forma la base de la fuerza irigoyenista aprueba en gran parte el régimen de represión, porque forma parte de sus aspiraciones y halaga su pasión partidista. El éxito, pues, de Irigoyen en las elecciones próximas se puede dar por seguro, con los antiguos electores, sin necesidad de nuevos partidarios.

* * *

Las últimas noticias de Colombia confirman la aceptación de la candidatura

a la presidencia del líder liberal señor Olaya Herrera, ministro de su país en Washington. Este acuerdo parece que ha determinado al partido conservador a unirse y presentar un solo frente, eliminando a los candidatos de las dos fracciones principales: Guillermo Valencia y Vázquez Cobos. Lo importante es que el partido conservador, que viene ocupando el poder desde hace muchos años, y que se había consolidado de tal modo que la organización liberal estaba ya en ruinas, ha lanzado la voz de alarma ante el nombre de Olaya Herrera, y se presta a la lucha, concediendo a la candidatura liberal una importancia que hace meses nadie hubiera sospechado.

* * *

El Presidente electo de Méjico, señor Ortiz Rubio, ha suscitado comentarios y controversias con sus declaraciones panamericanistas, que encubrían, según la opinión general, un cambio de táctica en la política continental mejicana. En el terreno de la conjetura, ya que carecemos del texto íntegro de dichas declaraciones, convendrá contraponerle las que ha hecho al mismo tiempo preconizando la adhesión a la S. de N. y la

conveniencia de ingresar por fin en el organismo de Ginebra. También habrá que anotar que el Gobierno mejicano ha designado ya un delegado «observador», no sabemos si anticipándose a Ortiz Rubio o secundándolo.

En realidad, la sorpresa que han producido las declaraciones en favor de la Unión Panamericana aumenta con este aditamento de la S. de N. Desde el punto de vista de Méjico, la actitud de Ortiz Rubio es contradictoria. Cabe la hipótesis de que para hablar en Norteamérica del organismo de Ginebra en los momentos en que la administración de Hoover lo acogía hospitalariamente y lo agasajaba con esplendidez, se haya creído obligado por cortesía a aludir al panamericanismo, oponiéndolo al hispanoamericanismo, criterio extraordinariamente grato a Washington.

En todo caso es más palpable y viva la aproximación de Ortiz Rubio a la S. de N. que a la Unión Panamericana. Lo que se advierte con claridad también es que España—lo que desde allá se entiende por España: ciertas apariencias—le interesa muy poco.

R. S.

El trabajo en Norteamérica según un obrero europeo

El prodigioso desenvolvimiento de la economía norteamericana ha provocado en Europa una copiosísima literatura, en la que se ha tratado de captar el fenómeno desde los puntos de vista más diversos. No obstante, la curiosidad del lector europeo está lejos todavía de encontrarse satisfecha. El fenómeno es tan sugestivo, afecta tan directamente a lo que es más caro para el hombre medio, como muy bien ha dicho un comentarista francés, que parecemos aún ante esta nueva civilización—nacida de nuestra y tan original, sin embargo—en un estado de espíritu parejo en cierto modo al que debió animar al joven griego ante la grandiosidad de Roma. Estado de ánimo complejo y turbado en el que se entremezclan un cierto idealismo y fuertes dosis de escepticismo y aun de desdén, envueltas a veces en una casi rencorosa atmósfera de humillación vergonzante.

Desde la guerra, sobre todo, han visitado aquel país, con el designio de sorprender su secreto, legiones de ingenieros, economistas, hombres de empresa y aun comisiones parlamentarias, como si la prosperidad pudiese ser incluida en el orden del día de una Cámara... Pero nos faltaba una nueva interpretación de aquel singular espectáculo: la del obrero, elemento que—aunque haya quien lo dude—tiene también algo que decir y opinar en este linaje de problemas. He aquí el éxito extraordinario del libro de Henri Dubreuil (*Le Travail américain vu par un ouvrier français*, Grasset, ed.) al que dedicamos estas líneas en espera de que las circunstancias nos permitan acometer temas más directamente ligados a nuestra actualidad económica.

Dubreuil es un obrero influido por los medios marxistas en que se ha desenvuelto en las últimas décadas el obrero del centro de Europa. Un hombre, pues, para el que los maquinismos, taylorismo y fordismo no son términos indiferentes, sino reactivos ciertos de oscuras prevenciones hostiles, cuando menos. No era tampoco un obrero ajeno a toda influencia no materialista, como se prueba por el simple hecho de haber aprendido el inglés en Ruskin y llevar en su pobre maletilla de proletario un libro sobre el arte religioso medieval. Tampoco fué un turista pensionado, sino que desembarcó en los Estados Unidos con sus exiguas economías por todo patrimonio y sin carta de recomendación alguna, recibiendo muy pronto el duro trato que aquella sociedad depara al inmigrante a cuerpo limpio. Con todo, Dubreuil vuelve convertido en un apóstol de los métodos americanos, que vivió como un simple obrero, rodando por diversos establecimientos industriales de los Estados Unidos, que van desde humildes forjas sin organizar apenas hasta las grandiosas instalaciones de River Rouge, desde las que Ford—el «Gran Capitán» de este siglo—lanza al mundo la película sin fin de sus prodigios mecánicos.

Dubreuil es un convencido más de que la moderna organización científica del trabajo incrementa en vez de disminuir el valor profesional y el esfuerzo intelectual del obrero. Y cuando compara las miserables condiciones de vida en que antaño se desenvolvía su clase con el relativo «confort» de que hoy disfruta, condena con acentos líricos el supuesto paraíso de la obra de calidad a mano, para bendecir al pretendido infierno del maquinismo, tan superior, incluso cualitativamente, a la producción de las pasadas centurias.

Si cuantos se ocupan de estos problemas—viene a decir en uno de los pasajes de este sugestivo libro—en vez de discutir abstracciones reflexionasen un instante sobre la muchedumbre de objetos usuales que la industria moderna les depara, no tardarían en comprender que es imposible su producción a mano, como no sea que su uso

se reserve a una ínfima minoría que sucedía en esa Edad Media, tan admirada, condenando a todos a una vida hartamente más monótona que la que se puede sufrir junto a una máquina moderna...

Para Dubreuil, la comprensión de la belleza específica del trabajo industrial, las virtudes morales latentes en el fondo del mundo del trabajo americano, el progreso material e incluso la preocupación que ya se siente allí por el cultivo del espíritu, son firmes garantías del porvenir de aquella nueva civilización, que marcha inconscientemente hacia un ideal de justicia y armonía que, a su juicio, cristalizará en una suerte de socialismo, del que son las avanzadas, los métodos de cooperación entre obreros y patrones practicados en muchas Empresas y la democracia industrial.

Para él, Ford y Fourier pueden conciliarse. Nos llevaría muy lejos ver cuál sería entonces la plaza de Marx y si no estarían más cerca de ese futuro un Proudom o un Bastiat. ¡Curioso que el libro de un obrero plantee tan interesantes digresiones...!

J. DE ABENDAÑO

ACABA DE PUBLICARSE:

Riesgo y ventura del Duque de Osuna

POR ANTONIO MARICHALAR

La vida fantástica de un gran magnate español
Historia verdadera que parece novela extraordinaria

CINCO PESETAS

Publicada en la serie de «Vidas de Españoles del Siglo XIX», donde anteriormente aparecieron:

El general Serrano. Duque de la Torre, por el Marqués de Villaurrutia.—*Sor Patrocinio. La monja de las llagas*, por Benjamín Jarnés.—*Luis Candelas. El bandido de Madrid*, por Antonio Espina.—*Carlos VII. Duque de Madrid*, por el Conde de Rodezno.

APARECERÁN EN BREVE:

Martínez de la Rosa. Político y poeta, por Luis de Sosa.

Mina el mozo, por Martín Luis Guzmán.

De este mismo autor acaba de publicarse:

La sombra del caudillo. Precio: 5 pesetas.

DOS LIBROS DE GRAN ÉXITO:

Sergio Markow.—*Cómo intenté salvar a la Zarina*.—5 pts.

E. Evich Dwinger.—*Lejos de las alambradas*.—6 pesetas.

En su librería o en

Espasa-Calpe, S. A. Casa del Libro
Avenida Pi y Margall, 7.—Apartado 547.—Madrid

“NUEVA ESPAÑA” REVISTA QUINCENAL

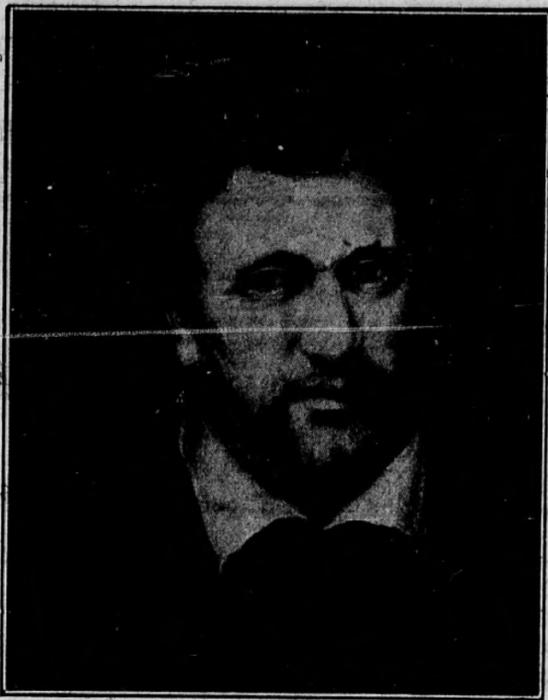
SUSCRIPCIÓN PARA ESPAÑA: 12 NUMEROS,
4 PESETAS

SUSCRIPCIÓN PARA EXTRANJERO: 12 NUM.,
6 PESETAS

Querellas literarias

Las relaciones de Shakespeare con Ben Jonson

En la historia anecdótica de las relaciones entre escritores y artistas, cuyos sentimientos de amistad aparecen siempre subordinados a la estimación literaria y artística y sujetos, por lo tanto, a las fluctuaciones del amor propio, de la envidia y de la vanidad, en esa historia—sin escribir todavía—de las amistades y enemistades entre hom-



Ben Jonson

bres gloriosos de una misma época, Shakespeare y Jonson tendrían un capítulo, y aun varios, de sabroso interés y rara ejemplaridad. La fama posterior ha izado el nombre de Shakespeare, arrumbando entre papeletas de erudición el de Jonson. Parece que la gloria del primero toma ahora venganza de las burlas enconadas con que el segundo le regaló hace seis siglos, y podríamos sostener que, si no hubiera existido la contemporaneidad, Jonson sería hoy un poeta más y mejor conocido en su patria y fuera de ella.

El haber vivido junto a Shakespeare en perpetua querrela personal y literaria, resta a Jonson en gloria intensa y propia lo que le hace ganar en fama dilatada y refleja. Un estudio cabal, en detalle y miniatura, de las relaciones entre Will y Ben tendría la eficacia de mostrarnos ostensiblemente los desniveles que el tiempo crea en la estimación de toda obra literaria, por la eterna liviandad y veleidad del juicio crítico. Uno y otro—Shakespeare y Jonson—venían de cuna humilde (si es que hemos de atenernos al Shakespeare de la Historia, y no al de las últimas investigaciones eruditas). Will, hijo de carnicero; Ben, hijo de albañil. Will, cochero en Londres, apuntador de teatro, actor, poeta y, finalmente, *Penas de amor perdidas* y en seguida *Romeo y Julieta*, *Enrique IV*, *Falstaff*, *El mercader veneciano*, y la gloria. Ben, estudiante, soldado en Flandes contra España, actor, aficionado al cultivo del latín y del griego, erudito, poeta académico—si vale el anacronismo—y, finalmente, *Cada uno en su carácter*, y la fama en todo Londres, con el escalpelo en guisa de rebenque, atizando pullas a diestro y siniestro y burlándose de todos sus contemporáneos.

Se conocieron en la taberna de la «Sirena», que era la taberna de Shakespeare, a la cual concurrían grandes señores, cómicos, poetas y toda laya de gente vagabunda

y sin oficio notorio. Will había estrenado el *Enrique IV* y saboreaba, en agraz, la pequeña reputación que sus compañeros, los comediantes, y algunos—pocos—letrados le concedían. Ben era de todos ignorado: había solicitado atención para su primera comedia—magnífica, sin duda—, *Every Man in his Humour*; nadie le hacía caso. Los testimonios de la época nos dan el retrato de un joven petulante, tímido y humilde al principio, de talla aventajada, ceño adusto, ojos altaneros, mirada procaz, labios gruesos y torcidos, en expresión despectiva: fisonomía plebeya. Sufrió como un estoico, almacenando rencor, las burlas generales, nacidas de su origen: como el padre era albañil, la albañilería resultaba un asidero fácil y propicio a todas las burlas y alusiones a su porte y a sus escritos. Como su carácter era esquinado y su pergeño torvo, hacia Jonson iba, en torrente, el odio de los poetas. Como abusaba de su cultura y afectaba pedantería, el mundillo escénico escapaba a su trato. Ante los vasos de cerveza de la «Sirena», Jonson, rodeado de un público hostil y taciturno, recitaba arrogantemente a Plauto, hablaba de Séneca, ostentaba con guapeza su cultura clásica. Acumulando así en sus oyentes la envidia y el rencor.

Pero Will, dulce, franco, noble y generoso—calificativos del mismo Jonson—; Will acogió un día a Ben y escuchó todos los versos—pocos—y toda la prosa—mucho y fina—de *Every Man in his Humour*. Salió entusiasmado, y recomendó la obra, no ya a sus colegas, los representantes, sino a los poetas mejores y al público. La amistad se trababa con dos eslabones: la generosidad de Will, la gratitud de Ben. ¿Por dónde quebraría la cadena?

Lo que más irritaba a Jonson era la popularidad de Shakespeare entre los cómicos. Se creía indiscutible. Su bagaje era la instrucción. Shakespeare no tenía cultura, ni humanidades, ni discernía lo bueno de lo malo. ¿Cómo podían los cómicos y aun los poetas dar a un hombre tan ignorante prerrogativas de autor dramático? Jonson se había formado un cenáculo, una tertulia, un grupito: «la tribu de Benjamín». El grupito de Shakespeare era más nutrido; pero casi exclusivamente integrado por aficionados y aficionados: gente de cortos alcances y humanidades. Terrible palabra, esgrimida con furia por Jonson: humanidades. Y con ella en la mano plagiaba a los griegos y a los latinos, lanzando a la City comedias tan deleznales como *Catalina* y *Sejan*, a modo de réplica al *Julio César* y al *Coriolano*. Si los cómicos le reprochaban el plagio, Jonson se erguía ufanamente y desafiaba a Shakespeare a hacer lo mismo. Pero el talento de Ben se perpetuaba en obras más humildes, las únicas que hoy podemos leer con pasión, las comedias de sátira de las costumbres, *El alquimista*, *Volpone*, *La mujer silenciosa*. En las cuales, no como rival, sino como maestro de todos, ha ganado los sufragios de la posteridad.

Las aptitudes de Shakespeare para el teatro irritaban a Jonson, de tal suerte, que, habiendo presenciado las innovaciones de la tramoya introducidas en *La tempestad* y furioso por el éxito que lograron entre el público y los cómicos—innovaciones consistentes en relámpagos y truenos—, escribió, en el prólogo de *Bartholomew Fair*: «Yo no busco aplausos por medio de trucos nuevos. Yo no pongo en escena monstruos domesticados (aludiendo a Caliban). Yo me guardaría muy bien de amedrentar a mi auditorio, desencadenando las fuerzas de la naturaleza, como lo ha hecho el autor de *La tempestad*.» Otro origen de la incesante irritación de Jonson contra Shakespeare era la humildad de éste y de sus costumbres. Son famosas y pintorescas las veladas en la taberna de la «Sirena»: allí se discutía de todo con pasión, se ejercitaba el ingenio, se afilaba la sátira y nadie escapaba de la insidia. Y allí se bebía. Se bebía en tabla redonda, vorazmente. A medida que los humores brotaban por la boca de poetas y autores, el vino atizaba la pasión y caldeaba las murmuraciones. Jonson era tan excelente bebedor como peligroso charlatán.

Sería interminable el relato de las disputas entre Sha-

Shakespeare y Jonson. No es ésa nuestra intención. Sino dar una somera idea de las querellas y del temperamento de ambos poetas. La muerte de Will sofocó el odio de Ben; pero la envidia se guareció en un repliegue hipócrita. En el elogio póstumo que Jonson dedicó a su amigo, los celos de autor y el desprecio del letrado adquieren una forma compasiva. «Estimaba—dice—al hombre, y venero su memoria; pero mi admiración no llega a la idolatría. Era, en efecto, una buena persona, de natural bondadoso y franco. Tenía imaginación, facilidad, buen arte; pero... Pero carecía de humanidades.» ¡Siempre las humanidades! La oda famosa de Ben Jonson a Shakespeare debe tener aquí una mención final y preferente. Estaba dedicada al «Dulce cisne de Avon», expresión que aún perdu-

ra, y decía que Will no «era un poeta de su tiempo, sino de todos los tiempos, Apolo y Mercurio. Cuando calzabas el coturno, hacías temblar la escena y desafiabas la comparación con todo lo que Grecia insolente y Roma altiva ha dejado a la posteridad».

Pero el repliegue envidioso asoma en un verso, encendido por el rencor entre tantos versos dictados por la generosidad:

«No estabas fuerte en latín, ni aun menos en griego.»

Se diría que Ben Jonson tenía en la vida el presentimiento de que la gigantesca sombra de Shakespeare iba a oscurecer su gloria, dejando en el olvido su labor de poeta y dramaturgo.

LUIS CALVO

Reseña teatral

CARTELERA

Mi propósito era hacer una crítica teatral.

Mi propósito cuando pensé en esta sección de NUEVA ESPAÑA.

Y como da la casualidad de que estamos en Madrid y de que estaremos en Madrid y de que estábamos en Madrid, lo lógico era ver qué hay en Madrid de cosas de teatro.

Y quise ir a ver.

Fuí lo primero a ver un biombo de carteles. Miré las tiras policrómicas, leí con cuidado y: sentí asco.

Asco intelectual. Conste. Pues para sentir el otro asco, el fisiológico, el que nace en el antro pilórico, trepa por el exófago y termina en el itsmo de las fauces, no basta con mirar y ver las carteleras: hay que ir a ver las obras mismas. ¿Todas las obras? ¿Todos los actores?

Casi.

«Pero dime, Fabricio del Dongo, amigo mío, stendheliano amigo mío—reflexioné—, ¿es que te crees tú un hombre tan exquisito, de tan piramidal inteligencia y raro sensu, que no puedes tolerar el teatro que hoy se lleva en Madrid y en España? ¿Ni siquiera tolerarlo?»

Me encogí de hombros.

Fabricio del Dongo no debe contestar a Fabricio del Dongo.

Por otra parte, yo no conozco el teatro que hoy se lleva en Madrid. Ni en España. Ni en el mundo.

Además, no me importa.

Yo no voy a los teatros. Ni iré nunca hasta que vuelva a nacer Shakespeare y represente sus dramas Jesucristo.

Lo cual podría constituir un serio inconveniente para presumir de crítico teatral. Pero para ejercer de reseñero de ídem, no.

Porque, ¿por qué no voy a poder yo ejercer el cargo de reseñero teatral?

Díganme, señores, se lo suplico con lágrimas en los ojos: ¿por qué razón no voy a poder yo ejercer el cargo de reseñero teatral?

Tengo zapatos y guantes.

Esmóquin, alpargatas, palmas en las manos y un pito.

Son mis mejores prendas.

Puedo enviar a los estrenos a cualquiera de estas prendas, sin necesidad de acudir personalmente a los teatros. Al regreso, ellas, la que envíe, me dará

su opinión sobre las obras, autores, historiones, papel decorativo, público y tramoya; y yo, Dongo, se lo trasladaré a ustedes.

Acudirán mis prendas e instrumentos.

El pito, no sólo a los estrenos de Muñoz Seca (asistencia vulgar), sino también a las hazañas de los grandes autores. Y a las puestas de muchas obras de vanguardia.

El pito y mis ferrados zapatos (más bien zuecos) irán a poner sinfonía de tacón y silbo de locomotora, a toda mixtificación o burdez allí donde se encuentra y sea de quien fuere. Llámese el camelo *Vida y dulzura* (reprise), *El pájaro sin alas* o *Los medios seres*.

El esmóquin habrá que reservarlo para los domingos de gala de Loreto y

OLEAJE

Pulsación de lo azul:

Desnudez en su ímpetu...

Un aleteo blanco

Se vislumbra, ¡latido

De frescor en relumbrel,

Por entre arranques vivos

—Sí, gozan—a compás

De un pulso: no hay abismo.

¡Cuánto sol! ¡Sol y yo!

¡Nuestro ei poder! ¡Qué brincos!

Alegrías de peces

Saltan sobre los riscos

—¡Soy, soy, soy!—de una crisis

De cúspides y gritos.

Cárdenos ya, los verdes

Se atropellan. ¡Perdidos

Los aleteos! fugas

Ya planas. ¿El abismo

Tal vez?... Vuelve la espuma:

¡Rotación de dominio!

JORGE GUILLEN

Chicote. Y las alpargatas para las frecuentes merendolas artísticas Guerrero-Mendoza.

(Dongo, quería hacer una crítica teatral.)

Por eso, yo, Dongo, he ido a informarme en el biombo metálico de los carteles de la calle. Con el propósito de adquirir una butaquita en el teatro cabe el cual se representase alguna cosa distinta a la patochada o el guirlache.

Pero no ha sido posible.

Vociferaban los pasquines:

Comedia: *¿Qué da usted por el Conde?*

(Pero, ¿no se había quemado la Comedia?)

Español: *Las mocedades del Cid*.

(¡Je! ¡Je! No está mal... No está mal... El Cid...)

Fontalba: *Camila Quiroga*.

(Es curioso. ¿En qué consistirá mi fobia? Uno es injusto.)

Lara: *Para ti es el mundo*.

(Facecias.)

Algún sentimentalismo garbancero. Y los cuatro cromos populares y mesocráticos de Arniches. Arniches es un sainetero estimable. En la comedia: sentimentalismo garbancero.

Arniches me recuerda por «caso de cerebración inconsciente», a Pedro Mata. Si Pedro Mata tuviese gracia y no fuese tan formidable psicólogo y en vez de a la novela se hubiera entregado a la dramaturgia habría podido escribir *Para ti es el mundo*.)

Reina Victoria: *El pájaro sin alas*.

(Es preferible *Cha-ca-chá*, y desde luego la sincera y descarada pacotilla del *Cuatrigémino*, de Muñoz Seca.)

Muñoz Seca no presume, por lo menos, de saber escribir.)

Infanta Beatriz Noche. No hay función.

(¿No hay función? A ver. ¡Pronto! Una butaca para esta noche. Y para todas las noches, si ponen *la misma*. ¡Claro! Si ya lo suponía yo. Catalina Bárcena y Martínez Sierra son los únicos que lo entienden. Siempre tan acertados. ¡Tan comprensivos! Tan conocedores del gusto del público.)

¡Muy bien, maestro! ¡Muy bien, maestra! Enhorabuena a todos. Felicitaciones por el éxito y a ver si llegamos con la obrita hasta el último día de la temporada.)

¿Más carteles?

No. No más carteles.

Dongo es un hombre arbitrario, como veis. Yo, Dongo, carezco de dotes de crítico.

No puedo, pues, inaugurar la serie de

LITERATURA ALEMANA

mis indignos artículos con una verdadera crítica teatral.

No es uno un crítico. Ni tampoco un revistero.

*Sino sólo un reseñero
de corrales de Madrid.*

Perdonad.

En el momento que escribo estas líneas estoy gimoteando

Ebrio.

Ebrio de amor, de alcohol y de ideal, según preconizaba Baudelaire.

De ideal de un arte dramático que, por ahora, nadie es capaz de hacer en España. De amor, por las traducciones del buen teatro extranjero. De alcoholes de vehemencia; rabia. Y, al mismo tiempo de regocijos infinitos.

Un jour viendra — como decimos los españoles.

Salud.

DONGO

Die Literarische Welt ha preguntado a los prominentes de la literatura francesa y alemana si creen en una diferencia esencial entre Alemania y Francia. Los alemanes creen que no; el lector no logra descifrar lo que creen los franceses.

Das Tage Busch ha enviado una encuesta circular a las primeras figuras de la literatura alemana, en la que hace esta pregunta: «¿Cuál ha sido el libro del presente año que más impresión le ha hecho?» En las respuestas, ésta más veces que ningún otro libro, el de Alfredo Döblin, *Berlin Alexanderplatz*, novela de la vida del bajo obrero berlinés. Después de ésta, figura la última novela de Welfel, *Bárbara, o la religiosidad* (de cuya traducción al español se ocupa la «CIAP»), que es un estu-

dio psicológico realizado sobre las sensaciones porque atraviesa Bárbara, la protagonista, desde antes a después de la guerra. La autobiografía de Trostzky —libro verdaderamente impresionante, donde el gran revolucionario desnuda su vida—, ha obtenido el tercer lugar.

En Berlín, en el teatro comunista «Das Volksbühne», se representa cada día, desde hace tres meses, adaptado a la nueva escena, el drama de Zola, sobre el ruidoso «asunto Dreyfus».

En uno de los pocos teatros burgueses que van quedando en Berlín, «teatros de abono», para ese público que va por el margen de la vida perpetuamente, se prepara el estreno de una obra de idóneo carácter. *Vidas cruzadas*,

Carta de París

Un gran animador que muere

Durante varios años se ha visto en Diaghilef a la cabeza del movimiento artístico contemporáneo. En París, año tras año, era como el barómetro de la temporada. Sólo él conseguía renovar siempre sus espectáculos, siempre llevaba consigo algo nuevo. Su nombre era sinónimo de «revelación». Muchos entre los jóvenes músicos abordaron con su compañía la escena por primera vez; y Diaghilef consultaba asimismo atentamente la Bolsa de los valores pictóricos, dispuesto siempre a llamar en demanda de colaboración al pintor joven que atraía la atención por su talento naciente.

Siempre en pos de «novedad», hallaba sin cesar nuevos talentos que revelar. Cambiaba muy a menudo sus colaboradores, y esa perpetua variedad es el secreto de la juventud y de la vida de sus empresas. Creo que Stravinsky es el único artista cuyas obras haya montado Diaghilef durante los veinte años que duraron los Bailes Rusos: 1909, *El pájaro de fuego*; 1928, *Apolo Musageta*. Entre esos dos extremos, Diaghilef creó *Petruchka*, *La consagración de la Primavera*, *El ruiseñor*, *Pulcinella*, el *Renard*, las *Bodas*, *Mavra*, *Edipus Rex*. ¡Qué feliz encuentro el de esos dos seres! En Stravinsky halló Diaghilef una fuente inagotable de «maravillas». Por su parte, sabía Stravinsky que, merced a Diaghilef, tenía la seguridad de ver todas sus obras montadas de una manera digna de su autor. Además, el primer proyecto de *Petruchka* era un «concerto» para piano y orquesta, que Stravinsky escribía para Ricardo Viñes, y fué Diaghilef, seducido por aquella música extraordinaria, quien le decidió a dar a esa obra la forma de «ballet».

La llegada a París de los Bailes Rusos fué un acontecimiento sensacional. Aún recuerdo hasta qué punto quedé maravillado, en 1909, cuando por primera vez presencié esa «féerie» en la Ópera. Por vez primera también la unión de la danza, de la música y del decorado formaba un todo completo.

Diaghilef era el ídolo de su compañía entera, con la cual actuaba, sin embargo, como un verdadero autócrata.

Uno de los grandes méritos de Diaghilef ha sido el de no contentarse con seguir siendo una «especialidad rusa».

Pero Diaghilef no tenía en cuenta las vicisitudes del público. Durante la guerra, en las horas sombrías

de 1916, crea una obra tan preñada de consecuencias como *La consagración*, y, también en medio de una general hostilidad, *Parada*. *La consagración* había terminado un capítulo de la historia de la música y del «ballet». *Parada* iniciaba otro nuevo.

En 1924 presentó Diaghilef obras de algunos jóvenes compositores franceses del «Grupo de los Seis»: *Las corzas*, de Poulenc, con decorado de Marie Laurencin, y *Les fâcheux*, de Georges Auric, con decorado de Braque.

También le gustaba a Diaghilef mostrar al público las obras de ciertos autores en un ambiente distinto de aquel en que se había acostumbrado a verles. Fué con este motivo que me pidió para «début» de Dolin el escribir una opereta bailada: *El tren azul*, con decorado del escultor Laurens.

Tras de esto pidió a Auric dos «ballets» más: *Los marineros* y *Pastoral*, ambos con decorados de Pruna, joven pintor español que acababa de revelarse.

Como es natural, al lado de todas estas obras de compositores jóvenes, continuaba Diaghilef montando «ballets» sobre música antigua: *Cimariosiana*, con decorados de Sert; diversas obras de Tchaikowsky, tales *El lago de los cisnes*, y *El bazar fantástico*, con arreglo a los fragmentos de Scarlatti, con decorado de Derain. Durante las últimas temporadas pidió el concurso de elementos aún más jóvenes: Henri Sauguet escribió para él *La gata*, que obtuvo un éxito resonante y se representó más de cien veces; Nabokof le dió su *Oda* con coros. Montó asimismo numerosas obras de músicos de otros países. El gran Falla y el gran Picasso colaboraron en *El sombrero de tres picos*; Sir Thomas Beecham compuso un «ballet» según Haendel; lord Berners, su *Triunfo de Neptuno*; Lambert, su *Romeo y Julieta*; Rieti, su *Barabau*, con decorado de Utrillo, y su *Baile*, la última obra montada por los Bailes Rusos, con decorado y trajes extraordinarios de Chirico, inspirados en la arquitectura, y llenos de nobleza y del sentimiento de la antigüedad.

Vi a Diaghilef por última vez el verano pasado, a fines de julio, en Baden-Baden. Había ido a oír las obras de Hindemith, a quien pidió un «ballet». Le acompañaba un joven músico de dieciséis años, cuyo talento había de revelarnos Diaghilef poco después. En el curso de un almuerzo con Diaghilef e Hindemith, me sorprendieron la delgadez y el aspecto enfermizo de aquél. Quince días después me enteraba de su muerte en Venecia.

DARIUS MILHAUD

París, enero.

BRAGGLIA

El panatismo madrileño ha estado unos días de enhorabuena.

Llegó Bragaglia, que además de «artista» cosmopolitólogo y maquinario, es italiano. Cosas todas—salvo lo de italiano—pasadas de moda, puesto que obedecen al figurín del venerable Marinetti a la gesticulación de la post-guerra.

Maquinarios, deportivos y cosmopolitas, ¿no lo son hoy hasta los burgueses de la burocracia?

Los vanguardistas, los que todavía se enorgullecen de ese mote (París, 1920), creen ir en las avanzadas de la cultura. Se creen delanteros de ella. Y son traseros.

Marchan en esa zaga que suponen hoy los «ismos».

A estos traseros les ha emocionado extraordinariamente el bigotito de Bragaglia. Un bigotito que despista. Porque Bragaglia es hombre terrible. Va por esas provincias quemando teatros y dando conferencias en las Sociedades de recreo.

En turné de incendios. Y cobrando pesetas. Pocas. En Madrid, mil. En Bilbao, quinientas. En Cuenca, doscientas treinta y siete con ochenta céntimos.

Pero no todo lo que dijo Bragaglia fueron vaciedades.

Lo de que el teatro moderno ha de ser luz, mecánica, artificio visual y técnica operaria, es muy cierto.

«Nada de literatura»—añadió.

En esto ya no estamos conformes. Ni nada ni todo. Ni poca ni mucha. La necesaria, exactamente.

Ni tan exigua como su bigotito, señor Bragaglia, ni tan caudalosa como su potencia incendiaria.

De todos modos, estas conferencias de vulgarización son muy útiles.

Los espíritus poco cultivados necesitan que se los ilustre en estos conocimientos elementales.

Queda mucha gente en España que cree que «teatro» es lo que les dan los hermanos Velasco. Entre ellas, mi portera.

LETRA Y MUSICA

Apenas se sabe nada de lo que ha ocurrido o de qué providencias se han tomado acerca del sistemático espolio que sufre España en su caudal de obras de arte; espolio científicamente organizado, según los últimos adelantos de la alta chamarilería internacional. Sépase lo que sea, parece que la Academia de Bellas Artes, que tan pujante resurrección ha tenido en estos días con

tan plausible motivo, no ha encontrado lugar para ocuparse de la fuga de viejos libros de coro, cantorales, antifonarios o libros de nuestra antigua música y musicología, que tan altos precios consiguen en el mercado alemán, francés e inglés. Porque «todo eso es música»... según dice el airoso tópico cuando a nadie nada le importa un pepino. Otra cosa sería si se tratase de bibliotecas públicas surtidas de obras no musicales. Porque ¿qué ocurriría en este caso? Sirva de ejemplo la biblioteca del Real Conservatorio, instalada en el vetusto caserón del teatro Real, hoy relleno de hierro y cemento, quién sabe con qué ventaja para la acústica. Pues la biblioteca del Real Conservatorio, mirífica entidad que este año celebra su centenario, ha desaparecido o poco le falta, víctima de la incuria oficial. Mientras que instrumentos e instrumentistas se han trasladado a las casas donde les hospedan de caridad o en precario, la biblioteca ha cerrado sus puertas a los lectores y ha abierto su techo a las inclemencias atmosféricas. Entre la piqueta del albañil y lluvias y granizos, los volúmenes y manuscritos de la biblioteca deben de haberse convertido en polvo mezclado con el de los escombros. Si hay tiempo todavía, es de urgencia que se salve lo que sea posible y que se lleve a sitio seguro, donde los estudiosos de esta materia puedan volver a encontrarlos después de cinco años de secuestro.

Segundo y Símbolo, no Sustituto

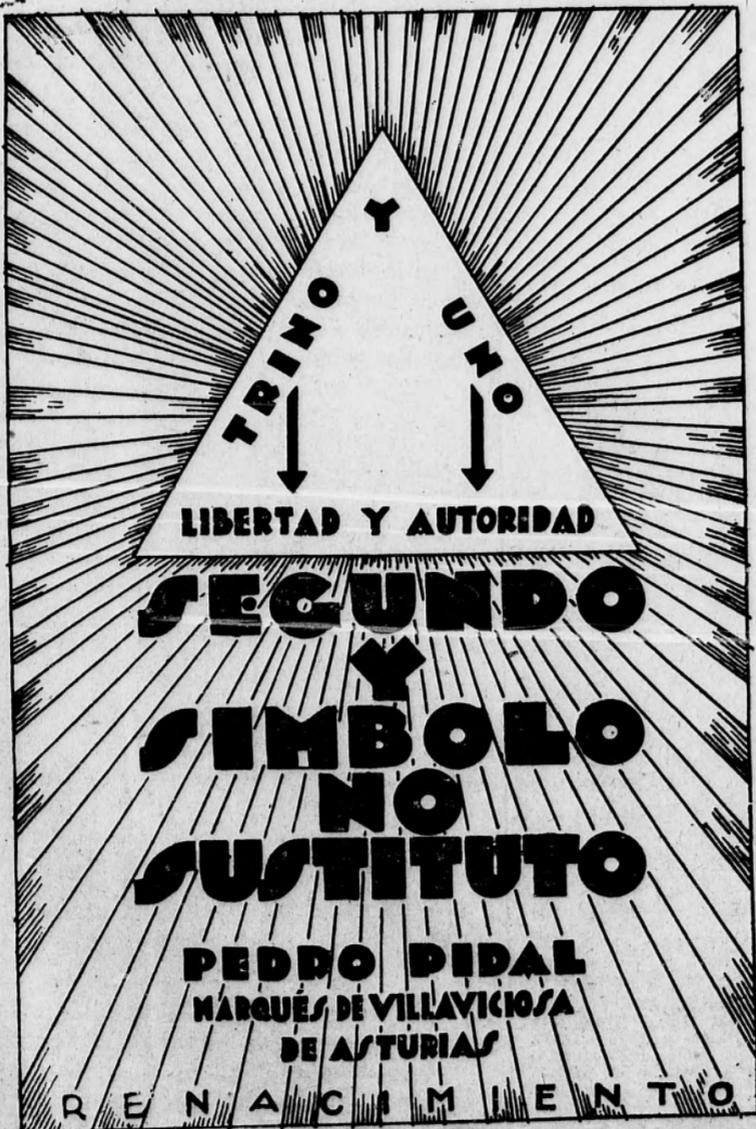
Solución al problema Religioso político de España, de acuerdo con Roma, la Monarquía, las Derechas, las Izquierdas y la Dictadura. La Razón, evidencia que rinde, es una

por Pedro Pidal

Precio: Una peseta

“Librería Fe”, Puerta del Sol, 15

“Renacimiento”, Preciados, 46. Madrid



10

NUEVA S... EV

CUATRO DIALOGOS FAMILIARES DE CERVANTES

(De la comedia "Cervantes o la Casa encantada.")

En 1605.

Salita pobre; un bufetillo en que se pueda escribir.

Al levantarse el telón, la escena está desierta. Se oye el ruido de un martillo que golpea un caldero. A intervalos, gritos, vociferaciones. Después, el disputar curioso de dos o tres mujeres de la vecindad. Luego, una canción.

Entra un caballero vestido con traje del siglo XVII. Cincuenta y ocho años. Barba entre rojiza y blanquecina. El brazo izquierdo y la mano, intenses, inútiles. El caballero parece profundamente cansado. Entra con lentitud; da unos pasos por la sala; se deja caer en una silla; se quita el sombrero y lo pone en otro asiento. Continúa en la vecindad la algazara, el estrépito: martillazos en el caldero, vociferaciones, cantos. El caballero se levanta y se dirige hacia el bufete; pero reflexiona, con hondo gesto de laxitud, y torna a sentarse. Después, al cabo de un instante, torna a dirigirse al escritorio y lo abre. Se sienta ante él, saca unos papeles y se dispone a escribir. Redobra el estruendo en la vecindad. La gritería de las comadres es más estrepitosa. Ladra un perro; se oye un coro de niños. La tonadilla vuelve a dejarse oír. El caballero inclina la cabeza y la recuesta en la mano. Después intenta escribir. Escribe unas líneas; pero el estrépito redobra y el caballero torna a reclinar. Cansado, triste; la cabeza en la mano. Se oye una voz que dice: «¡Miguel, Miguel!» El caballero vuelve a escribir. Transcurre un momento, y la voz torna a decir: «¡Miguel, Miguel!» El caballero se levanta y avanza hacia una de las puertas. Aparece en ella una mujer, que lleva un cestito de costura.

ANDREA

¿Es que no puedes contestarme, Miguel? ¿No me oías? ¿No me estabas oyendo?

MIGUEL

Sí, te oía, Andrea; sí, te oía; iba a contestarte.

ANDREA

Ibas a contestarme, Miguel; pero no me contestabas.

MIGUEL

Eres un poquito impaciente.

ANDREA

¡Si esta impaciencia mía la tuvieras tú! ...

MIGUEL

¿Yo? ¿Para qué? Yo deseo siempre un poco de serenidad, de sosiego.

ANDREA

¿Crees tú que con el sosiego, con la serenidad, vamos a ganar mucho?

MIGUEL

No se trata de ganar, Andrea.

ANDREA

Y si no ganamos nada, ¿cómo vamos a vivir, Miguel?

MIGUEL

Ya vivimos, ya vivimos.

ANDREA

¿Cómo vivimos?

MIGUEL

Van pasando los días.

ANDREA

Van pasando los días... ¿Es que es vida, Miguel, el vivir en esta casita tan estrecha, en que no podemos revolvernos, tú, nuestra hermana Magdalena, mi hija Constanza, tu hija Isabel y la criadita María? Nadie vive como nosotros en Valladolid. Y en todos los pisos, una algazara insufrible. Tres o cuatro familias viven aquí apretadas.

MIGUEL

Nadie lo siente más que yo.

ANDREA

¿Qué sientes tú, querido Miguel?

MIGUEL

Siento vivir en una casita en que apenas puedo trabajar.

ANDREA

Y por la noche no podemos dormir con el trajín de la taberna de abajo. La noche pasada yo no he podido pegar los ojos. ¿Has podido dormir tú?

MIGUEL

No he podido dormir. Y apenas se ha hecho de día, he salido a pasear por el campo.

ANDREA

¿Te molesto si trabajo aquí? Yo no te hablaré; puedes trabajar tú también. ¿Vas a trabajar? ¿Estabas trabajando?

MIGUEL

Me disponía a escribir.

ANDREA

Pues, anda; escribe. Tu hermana Andrea no te dirá nada.

MIGUEL

Mi hermana Andrea me hará el favor,

el ligero favor, sí, de callar un momento. (Miguel se sienta ante el bufete escribiendo. Pausa. Andrea habla.)

ANDREA

¡Miguel!... Miguel, ¿no te has dado? (Pausa.) ¿No te has enterado Miguel?

MIGUEL

¿De qué quieres que me haya dado?

ANDREA

¡Ay! Nosotros no podemos salir de casa de pobres. Juan Merino, ¿sabes Juan Merino, el que vivía en las de Pablo... ¿No conoces a Juan Merino? Aquel que una vez... Sí; te acuerdas de él. ¡No te has de acordar! (Miguel sigue escribiendo en silencio.) ¿No atiendes, Miguel? ¿No sabes lo que ha pasado a Juan Merino? Sí; te acuerdas de él... ¡Ay! Esa suerte no podemos tenerla nunca nosotros.

MIGUEL

¡Andrea, por Dios!... Si hicieras un favor un momento!...

ANDREA

Es que quisiera contarte lo que le ha ocurrido a Juan Merino.

MIGUEL

Bien, bien.

ANDREA

¿Qué suerte! Todos tienen suerte, menos nosotros. Le han dado un destino soberbio en Palacio. ¡Claro, para tener suerte es preciso moverse! Y estando en casa escribiendo no se pueden tener destino de esos.

MIGUEL

Bien, bien... Pues enhorabuena a Juan Merino.

ANDREA

¿Por qué tú, Miguel, no haces lo que ha hecho Juan Merino?

MIGUEL

Yo soy Miguel de Cervantes, y no Juan Merino.

ANDREA

¿Y para qué te sirve ser Miguel de Cervantes, querido hermano?

MIGUEL

No lo sé; no me lo he preguntado. ¿Qué quieres que te conteste, Andrea?

ANDREA

Nada, nada. Pues ¿no sabes también que Ramírez, el vecino nuestro de Madrid, ha logrado una gran merced? Viven ahora—me lo han dicho ayer—viven ahora espléndidamente. Y eran

bres, más pobres que nosotros. ¡Quién ha visto y quién los ve! En el mundo no hay más que el dinero. Tanto tienes, tanto vales.

MIGUEL

Bien, bien.

ANDREA

¿No te gusta oír estas cosas, querido Miguel? ¿No me dijiste que ibas a procurar que te dieran un destino? ¿Vas a hacer algo? Dime, ¿no vas a procurar que salgamos de esta situación? No; no te digo que lo que haces no debes hacerlo. Sí, sí; lo que escribes es muy bonito. Tienes mucho talento, Miguel. Lo dicen todos. Pero ¿es que nos ha producido mucho esa historia de don Quijote que has publicado?

MIGUEL

¡Pero Andrea; pero Andrea!

ANDREA

¿Te disgusta que te diga estas cosas? Trabaja, trabaja; no quiero estorbarte. Yo trabajaré también, y no te diré nada. *(Pausa. Miguel vuelve a escribir. Ruido de martilleo, vociferaciones, gritos de niños, cantos.)*

ANDREA

¡Ay, qué estrépito de vecindad! Magdalena ha salido muy de mañana. ¿Dónde estará? ¿Dónde estará Isabel? ¡Qué estrépito, Miguel! ¿Me perdonas? Unas palabras nada más, y te dejo... ¿Sabes que ayer tarde encontré a María Santos y me dijo que su marido ha encontrado una colocación magnífica? ¡Y llevaba una saya de raso! Hablo de María. Y al cuello, un sartal de corales preciosos. Y nosotros. ¡qué desgraciados! No podemos salir de esta casa tan pequeñita, tan estrecha... Miguel, ¿nos vamos a marchar a Madrid? ¿Te han dado a ti esperanzas sobre ese asuntillo que llevas entre manos? ¿Crees tú que podremos ganar mucho con él? ¡Ay, Dios lo haga! Todos prosperan, medran, suben, y nosotros... En el mundo no hay más que el dinero. Yo he visto arrastrándose por el suelo a esa María Santos. Y ahora, ya ves con qué lujo va vestida. Si al menos pudiéramos desenvolvernos un poquito... ¿Crees tú, Miguel, que ese asunto nos producirá algo? Todos suben, todos medran...

MIGUEL

¡Deja que suban, que medren, que se encumbren, que ganen, que se encaramen, que hagan lo que quieran hacer y lo que los otros quieran hacerles!

ANDREA

¿Es que te molesta que te hable de esas cosas? No, si yo no te digo nada a ti. Tú tienes mucho talento; escribes cosas muy bonitas; lo dicen todos. Yo digo sólo que no tenemos suerte, que hay gentes que lo encuentran todo hecho, todo fácil, y otras...

MIGUEL

Bien, bien. ¿Y qué?

ANDREA

No; nada. Yo no te digo nada.

MIGUEL

Y ¿qué me quieres decir a mí? ¿Es que yo no hago todo lo que es posible hacer? ¿Es que es posible hacer más de lo que yo hago?

ANDREA

¡Cómo te pones! No te pongas así, Miguel.

MIGUEL

«No te pongas así»... ¿Cómo me voy a poner? ¿Es grato todos los días, a todas horas, este sonsonete?

ANDREA

¿Qué sonsonete, Miguel? ¡Porque queremos que mejores, que mejoremos todos, para que tengas comodidades y puedas escribir mejor!...

MIGUEL

Y entretanto, ¿cómo voy a escribir? ¿Es tolerable este machacar de todos los instantes?

ANDREA

¡Por Dios, hermano!

MIGUEL

¡Ni que fuera yo de piedra!

ANDREA

¿Quién te dice nada?

MIGUEL

¡Es insoportable!

ANDREA

¡Jesús, cómo se pone por nada que le he dicho!

MIGUEL

¡Es insoportable!

ANDREA

¡Pero, Miguel, por Dios!

MIGUEL

¡No es posible trabajar así!

MIGUEL

Hoy no se te puede hablar... Me voy, me voy; no quiero que descargues conmigo. ¡Qué horror! Dé usted buenos consejos y se lo agradecerán. ¡Ya, ya! ¡Jesús, Jesús!

(Miguel torna a escribir. Y vuelven los ruidos mil de la casa y de la calle: se oyen gritos, charlas acaloradas. Miguel se detiene, deja la pluma, medita con la frente en la mano. Después intenta escribir otra vez, y de nuevo se para. Se oye una voz que dice: «¡Miguel! ¡Miguel!» Pausa. La voz repite: «¡Miguel! ¡Miguel!» Otra pausa. Entra Magdalena, señora con tocas de beata.)

MAGDALENA

Pero, Miguel, ¿no me oías? ¿No me estabas oyendo? ¡Qué cansada vengo! Estoy cansadísima. ¿No te molesto?

MIGUEL

No.

MAGDALENA

Procuro siempre no molestarte.

MIGUEL

Es posible.

MAGDALENA

¿Lo dudas? Lo que más siento es causarte alguna molestia.

MIGUEL

Sí.

MAGDALENA

Y, además, cuido siempre de que nadie te moleste.

MIGUEL

Sí.

MAGDALENA

Porque, Miguel, yo lo sé, lo sé. Los hombres que trabajan con el cerebro, lo que más sienten es que se les moleste.

MIGUEL

Y los otros.

MAGDALENA

¡Sí, y los otros; pero los escritores mucho más. ¿No te molesto? Con tu permiso, querido hermano, voy a terminar aquí mis oraciones. ¿Qué cansada vengo! He estado en la catedral, en San Pablo, en las Angustias, en San Martín, en San Benito... A San Salvador no he podido ir. Lo siento mucho. Tenía que ver allí al padre Fulgencio... ¿No te molesto, Miguel? Puedes seguir trabajando. Trabaja. Yo aquí, con mi rosario... No te diré nada. *(Pausa.)* ¿Conoces tú al padre Fulgencio? Es el primer predicador de Valladolid. ¡Qué pico tiene! No, no; ahora estás trabajando. Cuando termines, yo te contaré. Tú me dirás tu opinión. El padre Fulgencio es un gran poeta. ¿Has leído tú su libro *Huerto de flores celestiales*? La poesía debe ocuparse en esos asuntos. No en asuntos frívolos, mundanos. ¿No opinas tú lo mismo, Miguel? ¡Cuidado que hay poetas ligeros, licenciosos, por ahí! Deberían prohibir otras materias que éstas que trata el padre Fulgencio. ¡Vaya un poeta! Este sí que es poeta, y no los que hablan de amores, de aventuras, de lances profanos... ¿Te molesto, Miguel? Ya me dirás tu opinión. ¿Es que crees tú que la poesía profana vale algo en comparación con ésta? ¿Lo crees tú? Di; responde.

MIGUEL

Yo no creo nada.

MAGDALENA

Ingenios como éstos, como el padre Fulgencio, digo, son los que honran la república de las letras. Ya quisiera yo, no te incomodes, ya quisiera yo que tú...

MIGUEL

¿Qué es lo que quisieras? Vamos, habla, acaba, termina, desembucha.

MAGDALENA

¡Hombre, Miguel, no vale ponerse así! No te pongas así. ¿Es que yo te ofendo? Yo hablo en términos generales. Me gusta la poesía del padre Fulgencio. ¿Es que no te gusta a ti también?

AZORIN

(Continuá.)

LOS LIBROS

Una obra de Remizov

Si el novelista no es un sensible aparato de adivinar bajo la epidermis de cuanto le rodea, esa trama eléctrica por donde las sensaciones van y vienen, estremeciendo los grandes órganos del querer y del pensar; si el novelista no es un poderoso receptor de los mensajes nerviosos más ténues; si no sabe desdeñar a tiempo el monumental suceso y la algarada plástica y manipular ágilmente, en cambio, con menudas crispaciones de gozo o de tortura; si, filamento a filamento, no conoce la red misteriosa que cada fenómeno tiende hacia los otros... el novelista no vale gran cosa. Gran análisis, gran novela. Documentos, patéticos o joviales, de este o aquel ambiente, de aquellos o de estos grupos sociales, de uno u otro paisaje; pero siempre alerta, no precisamente hacia los hechos—que pocas veces suelen corresponder a la intención, al sujeto que los produce—, sino hacia sus causas, hacia sus insólitos contactos, hacia sus últimas prolongaciones y raíces.

La novela debe ser un taller de desnudar espíritus. El modelo debe ser alguien más que el pintor. Si es posible, debe ser múltiple. Nada mejor para conocer una calidad, una estatura, que situarla entre muchas otras. En rueda de presos hay que conocer al delincuente. Y al buen testigo. El novelista, ante todo, es un testigo del mundo. No su juez, algo más que su cronista. La novela es el potente resonador de un haz de vibraciones humanas. Si el poema puede contentarse con la sucinta expresión de un latido cósmico, con la interpretación lírica de un espíritu o de un paisaje, la novela ha de seguir palmo a palmo las quebraduras del espíritu y del paisaje, hallarle su exacto hueco entre los otros, medir sus irradiaciones, acusar sus espacios muertos. No explicarlo todo—como el viejo novelista—por una actitud preestablecida, por una línea, por un equilibrio elegidos por el autor, sino por las mismas ondulaciones del tema. Y todo mediante un conocimiento sensible, no abstracto; por gracia de los ojos y de un estilo, no sólo de una fina balanza racional.

Este difícil arte de ceñirse a la curva de un alma, sin temor al cerro y a la sima, nadie como el buen novelista ruso ha sabido hasta hoy hacerlo. Almas—digo—, no espíritus; porque éstos quizá prefieran la balanza. Almas, con toda su turbia vegetación de deseos

incumplidos, de desafortunadas teorías vitales, de cruel infantilidad, de docilidad y ternura súbitas, de silenciosos dolores. Un grupo de estas almas—siempre encantador en su desorden—pasa por la novela de Remizov, *Hermanas en cruz*, traducida estos días al francés por Vivier. Novela rebosante de matices, detalles, ondulaciones; minuciosa y tornasolada; porque en esto de captar el matiz y perseguir la onda trémula radica precisamente el verdadero conocimiento de las cosas.

«Comprender...—dice el mismo traductor en su prólogo al libro—. Este podría ser el título de la novela que Remizov prefirió titular *Hermanas en cruz*. Unos empleadillos, un pobre cesante, un grupo de muchachas infortunadas—una fea, otra fracasada en su ambición de ser artista, otra prostituta...—. Remizov ha escogido sus personajes en el sector humano más triste y lamentable, tal vez porque en él las redes son más enmarañadas; los momentos vitales, más llenos de sentido. En lo más turbio y desolado, una brizna radiante de poesía adquiere su máxima calidad. Cae al barro la monedita de oro, y el barro se transfigura y vivifica. Por eso *Hermanas en cruz*, libro de potente clarooscuro, es una excelente novela contemporánea. De contenido psicológico y de manipulación artística. Donde ningún problema se pretende resolver, sino plantear, expresar claramente, con crudeza si es preciso.

«Por esta obra—dice Vivier—avanzamos un poco más en la zona íntima y profunda de la psicología rusa.» Y, en general, en los más arduos problemas del hombre.

BENJAMIN JARNES

ISIDORO ACEVEDO. «Los Topos».
(Novela.) Central de Ediciones y Publicaciones.

La novela de la mina. La mina, como novela realista de la explotación.

¿Quién podría decir cuáles personajes son más dramáticos en el escenario, en la vida proletaria de las explotaciones mineras? El grisú es un gran personaje. Y el patrono suele ser otro. Y otro, la huelga. Y otros los propios trabajadores con sus luchas, pasiones y anhelos de justicia que nunca llega.

En *Los topos* no hay retórica. Hay el cuadro efectivo de unas cuantas existencias de mineros de Asturias, combinadas en un sencillo asunto de novela, lleno de plasticidad. Aunque el autor no dijera que ha convivido largamente

con los mineros, la simple lectura de su libro nos lo revelaría. Al correr de sus páginas, directas y casi fotográficas surgen datos, episodios y frases imposibles de inventar. La imaginación parece servir más contenta de vehículo a las exquisiteces del diletantismo que a la rudeza de las vidas amargas.

R.

JOHANNSEN, ERNST: «CUATRO DE INFANTERÍA». Sus últimos días en el frente occidental, en 1918.) Editorial Cenit, S. A. Madrid, 1929. 238 páginas. 5 pesetas.

Un nuevo libro de guerra. Pero libro—aunque redundante de temas, de emociones, de ambientes—hecho con estremecido testimonio de aceros, de vísceras, de gases. Libro, por tanto, enardecido y rencoroso.

«Los cuatro han marchado al sol, la lluvia y el viento, por entre el fango de los caminos, sobre hielo y nieve...» Muller, el estudiante, Job, Lornsen: el campesino, el «filósofo»—como le apodan los camaradas—, el contramaestre, el técnico. Cuatro sectores de clase, los cuatro puntos cardinales del proletariado frente al espectáculo de la guerra, entre las garras del odio, bajo las voces broncas de la metralla.

Lo objetivo se aúna aquí, de una manera hábil, a las sugestiones—ni intrincadas, ni ambiciosas—del autor. No hay, es cierto, una gran riqueza de motivaciones; pero en su estructura, *Cuatro de Infantería* ofrece algo más que el simple diario de guerra, que la novela—de tipo estricto, determinado—con fáciles aspiraciones.

Interesa, atrae esta devoción reciente del lector por el libro de guerra. Documental y emocional, como pudiéramos dividir esta serie aparecida en poco tiempo, ha encontrado abiertamente un público ávido. Después de once años de postguerra, cuando ya las generaciones actuantes han asimilado causas y consecuencias de la conflagración; después de Barbusse, Duhamel y otras manifestaciones definitivas de la literatura antibélica, sorprende este recrudescimiento captador de páginas de la guerra. ¿Moda literaria simplemente? ¿Afirmación de hondas corrientes pacifistas, como se pregunta «Cenit» en el prólogo? La respuesta pudiera darla fácilmente el «hombre nuevo» que la guerra ha creado y que vive ya de cara a las realidades de su tiempo.

JUAN REJANO

«GERMA»

Ha empezado a publicarse la revista de este título, órgano de la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina (adscritos a la F. U. E.).

Se trata de una excelente publicación llena de espíritu moderno y de ímpetu juvenil, en la que hallarán acogida las más finas manifestaciones de la cultura en arte, biología y civismo.

Deseamos a *Germa* larga vida y muchos éxitos.

Un siglo de experiencia

I

El centenario del Romanticismo parece que ha de celebrarse con laurel de periódicos. Es un tema fácil y de un género tan propicio que raro será el articulista de pan llevar que pueda escapar a la tentación de saludarle al paso, citando media docena de melenas prestigiosas o dedicándole algunos denuestos, según que el escritor pertenezca a la honrosa reata de la historioecolalia o forme en la aguerrida tropa de algún revolucionismo bisonño. Para pensadores de más calibre, este supuesto centenario pudiera tener pocos alicientes, porque el Romanticismo, que hemos convenido en enterrar, a lo menos como tema está aún afluyente de todas las estilográficas. Cuando, hace ya más de veinte años, le dió Pierre Lasserre su gran lanzada, el silencio que siguió a este fecho de armas literario quería decir que, aunque se tratase de un gran empeño crítico, el objetivo estaba, más o menos implícito, en la conciencia de todo el mundo, que se predicaba a convencidos. Ni novedad ni sorpresa: el mundo artístico se sabía en plena lucha contra el Romanticismo, y un argumento más no podía añadir mucho a quienes sentían vivo su ánimo de reacción. Aquella gente procedía en conocimiento de causa; como el protagonista de cierto drama, que se sabía ser un hombre de la Edad Media, ellos podían decir a sabiendas: «Nosotros, los hombres del tiempo romántico», y se enrolaban para una nueva guerra de los treinta años, que no ha acabado todavía. Se creyó reaccionar contra aquella atmósfera nefasta sacando papeletas y caballetes al campo. O preconizando un culto a la forma pura («Nosotros, los hombres del Renacimiento»). Realismo y carácter fueron dos consecuencias con las cuales se pensó haber liquidado totalmente la herencia romántica. Si luego viene la influencia exótica, este aroma oriental o de los trópicos no fué asimilado con el gusto que el siglo XVIII, a priori modelo de clasicidad, sintió por chinadas y japonismos, en la música como en la porcelana o el estuco; de la misma manera que el clasicismo de Ingres y el «biscuit» de Sèvres o de Meissen respondían a pruritos de análogo linaje. Por semejante proceso, el positivismo tiene un eco en los poetas parnasianos. El simbolismo reacciona contra la precisión retórica, en poesía lo mismo que en pintura, y a su vez se hace retórico, como, más tarde, el impresionismo, hijo natural de la pintura al aire libre, y, literariamente, del naturalismo novelístico. La teoría del «reflejo» creyó haber liquidado el culto del objeto por el objeto, y no se paró mientes en que un reflejo es cosa tan objetiva como una sombra, sea parda, sea violácea, mientras que si en lo literario el reflejo abolía la contemplación directa, no cambiaba el mecanismo del poeta, sino que se limitaba a sustituir un tema por otro, a ascender a un segundo grado la impresión primaria, pasándola por la refracción del prisma individual, con lo cual el principio inveterado del Romanticismo, el factor personal, egocéntrico, recuperaba el terreno perdido. Esta revalidación se observa del mismo modo en el paso que da el realismo hacia el carácter, o el que idealismo, simbolismo o impresionismo dan hacia el «intimismo». El fuerte buril de Goya, romántico estricto, presagiaba la generación de los *ilustradores*, con Daumier, Ortego, Gavarni o Urrabieta Vierge, con Forain y Bastien-Lepage hasta Toulouse Lautrec. A su vez, el intimismo en la música, que procede del salón romántico con Schubert, Schumann y Chopin (y con las últimas «Bagatelas», de Beethoven), llega hasta un extremo en Debussy, donde personalidad y amaneramiento se confunden, como en aquéllos, y en Ravel, perfecto tipo de académico de nuevo cuño, como se observa en el aquilatamiento técnico de todos los miniaturistas actuales para piano y para pequeñas formas instrumenta-

les de cámara. Intimismo que nada tiene que ver con las formas clásicas de camarín ni con la pintura flamenca de interiores, exentas de la calidez del tono romántico resonante como una vibración lejana desde Millet a los claros de luna de Cazin, a las «maternidades» de Carrière, envueltas en su atmósfera de chocolate a la francesa, al refinado exotismo de Whistler y a la placidez casera de Henri Le Sidaner. Versiones las de éste que apenas si son otra cosa que «naturalezas muertas», poetizadas por su inmersión en un ambiente lírico, puro procedimiento romántico, al paso que si se compara el bodegón clásico, tan español en el vocablo como en el objeto en ese incomparable observador de «primores de lo vulgar» que fué Menéndez, con la «nature morte» postimpresionista, se hará imposible ignorar el aire de lucha, de esfuerzo, de conquista y de intervención personal en estas últimas, con Cézanne, gran romántico, y creador de la actual academia cézanista.

De este modo, las reacciones antirománticas se caracterizaban por dos normas esenciales: se volvía a la naturaleza o se recogía el artista en su interno habitáculo. Dos postulados, por definición, estrictamente románticos. Contra ellos surge un recurso más inteligente, en el sentido de que era la inteligencia el principal factor: consistía en acogerse, como el escapado de la horca al derecho de asilo, en el áncora de salvación de la Retórica; dogmas formales que pronto se convirtieron, a la recíproca, en formulismos dogmáticos, de los cuales la «Escuela» pictórica francesa, tras de Ingres, dejó abundante surtido. Ensalzada la forma como principio supremo, los pintores de la Escuela volvieron a preconizar el canon griego, a lo menos de un helenismo que venía ya de segunda mano, y que no tenía por razón real sino un enamoramiento romántico hacia los tiempos pasados, por las evocaciones históricas. En este sentido, cristianismo y paganismo juegan un «rôle» intercambiable y por turno en el sentimiento romántico. Dentro de sus específicas cualidades y habidas diferencias puramente individuales y sentimentales, el «nazarenismo» de Overbeck y sus amigos alemanes equivale al helenismo, frígido y enfático desde David, que en Ingres se adulza o se tiñe en un orientalismo más cálido que el faraonismo del primer Imperio, y cuyas cualidades de dulcedumbre o de exotismo templado pasan sin apenas transición al cristianismo de almíbar a lo Bouguereau, mientras que la curiosidad por el exotismo, notoria desde el siglo XVII, adquiere tintes cálidos en el africanismo, de Delacroix al admirable Chasseriau, a Fromentin y Constant. Tipos de romanticismo puro estos nombres, que están ya a las puertas de su aguda frase impresionista, unos, y otros, en los propósitos del Instituto. ¿No se observa el mismo acrisolamiento academicista en esos adorables pintores alemanes que van desde el comienzo del siglo hasta el año de la guerra francoprusiana? Desdeñados un tiempo, fueron las generaciones postrománticas quienes los volvieron a valorar y hoy cualquier museo alemán ofrece al visitante el deleite de su sentimentalidad y de su mediocre pintura. Philipp Otto Runge, pseudoclásico a ratos, como el barón Gerard; Schnorr von Carosfeld, pseudocristiano, en idéntico tono; una serie de paisajistas al aire libre, como Waldmueller, von Kobell, Karl Friedrich Lessing, aún reminiscente del paisaje flamenco, y Karl Blechen, que es como un pálido Corot alemán, todos ellos parecen ser como la réplica del paisajismo francés, para ir a parar al magnífico romanticismo de Menzel después del minucioso Krueger, quien juega su papel de pintor de historia, pero con una exquisitez de pincel muy superior, para mi juicio, al menester de esos honrados profesores que invadieron Italia, Francia y España con su pintura narrativa y conmemorativa. Moritz von Schwind, en cambio, revive en su pintura el color inconfundible del romanticismo literario alemán, y, en cierto sentido, da a la postrera pintura romántica alemana ese énfasis imaginativo que Gustavo Moreau da a los franceses dentro de lo suntuario y de un exotismo ya contagiado por los aromas pestilentes de las «flores del

mal». Y en unos como en otros, en realistas o quiméricos, la «débauche» marcha solícita hacia lo académico; la revolución hacia la dictadura, según el primer cónsul hacia la orgía arrivista de las N. N. N. de Fontainebleau, y ni más ni menos que como el cristianismo marchó desde Galilea hasta el Vaticano, o como, en días recientes, el socialismo vindicatorio, hijo neto de ese curioso assemblaje tan siglo XIX del Romanticismo con la Economía (y que es a Utopías y Falansterios lo que Stuart Mill a Walter Scott), va hacia ese Vaticano de la burocracia que un romanticismo tardío ha erigido en Ginebra frente a las reacciones neoclasicistas o neoimperialistas de Roma o de Moscú, páginas últimas y a la fecha de la pulsación romántica en el ritmo normal que nos ha mostrado un siglo de experiencia.

II

Como se dice de ciertos semitas germánicos a quienes se descubre por lo virulento de su fobia antisemita, muchos antirománticos hemos estado haciendo romanticismo sin saberlo, atacándolo con sus armas más típicas. Se creó en el aire una entidad ficticia, a la que se dió cuerpo bajo el nombre de Romanticismo, del mismo modo que la Edad Media inventó el diablo, y como el nombre no cubría un ser real, sino muchedumbre de apetencias vagas, de ideas nebulosas, de sentimientos inconcretos, pero que, unas y otras, se encontraban expresadas a maravilla en cierto tipo de lirismo, fué fácil vestir al nuevo símbolo con los trajes y colores más variados y amarlo o aborrecerlo por turno, y menos al símbolo que al color o al traje. Puestos a averiguar qué sea exactamente lo romántico, se observa que su substancia nos huye y nos busca a la vez, como esos fuegos fatuos del camposanto romántico que volaban ante el soplo de su perseguidor o le perseguían alcanzándole el zancajo. Si de encontrar una fecha al Romanticismo se trata, el empeño resulta quimérico. Bien está en adjudicar una fecha a su más resonante triunfo: 1830, que es una fecha bonita, como los números bonitos de la lotería, y que conmemora varios asaltos victoriosos a los reductos categóricos mientras que entroniza al «Rey Pera» según unos, o «Napoleón de la paz» según otros, a Luis Felipe, discípulo (en varias artes) de la Genlis—la enemiga de madama de Stael—hijo de un creador de la Revolución que se ponía el mote de «Igualdad» como escarapela romántica, y que abrió las puertas a la república burguesa. A lo menos, Luis Felipe fué el hombre de su momento, según la fórmula famosa, y si hay un personaje de novela romántica es él, desde luego, como su amigo Disraeli, oriental, elegante, mano de hierro en guante de seda, resentido por desdenes sociales que vengó haciéndose servir por reinas y otorgándolas el título de Emperatriz del mismo modo que ellas concedían el de «baronet».

1830: fecha lapidaria; pero perfectamente convencional. Si el año 30 es el de la «Sinfonía Fantástica», los grandes cuartetos de Beethoven, que aún no han terminado de contarnos íntegramente su mensaje, son de 1824, 25 y 26. Beethoven, que es el hombre de los bosques, puede decirse que nace a la luz de la Revolución francesa, tea de sangrientos reflejos y de un humo espeso. Y la Revolución busca sus orígenes en el hombre de la otra Ginebra, la Ginebra sin Briand y sin mecanógrafas con la rama de olivo en el pico; el otro hombre de los bosques también, que en Vincennes paseaba su melancolía filosófica en espera de que se convirtiese su bosquecillo virginal en explanada de fusilamientos, de carreras de caballos y de deporte aéreo: nuevo tipo, el más reciente, del amor romántico por la máquina, que se ha creído científico, como si el científismo precursor no hubiera respondido a la doctrina romántica de la ciencia absolutista y todopoderosa.

Valor convencional, tácito en sus principios y demasiado charlatán en sus exégesis, el Romanticismo es, esencialmente, una cuestión de estilo. Una cuestión de estilo universal, como es típico de los grandes estilos, y cuyas volutas y recovecos penetran por igual la arquitectura, la música, las artes en general, las ideas, la política; así,

más que «estilo gótico» o «estilo románico», debería realmente decirse «época románica» o «época gótica», o, para darles gusto a los alemanes, «cultura romántica». Estilo, época romántica, son términos de uso diario, y definen según es idóneo a tal estilo, ese especial e inconfundible matiz romántico que el hombre avisado percibe tan claramente como el aroma de una especia fragante en un manjar, en las ideas, en la literatura, en la ciencia, en la filosofía, en las costumbres, en las modas, en los muebles tanto como en la música romántica, y que, en resumidas cuentas, tiene un factor común: la entrada triunfal del «yo» como personaje principal, después de que el «yo» sólo fué un comparsa en los tiempos jerárquicos, jerarquías impuestas, desde luego, mientras que el Romanticismo, que aceptaba sin rémoras la ordenación jerárquica, lo hacía confeccionándola a su gusto. Una especie de proclamación de los derechos del burgués: tal fué, en sus aspectos finales y definitivos, el movimiento romántico, y no voy a determe ahora a definir esta burguesía infinitamente superior a la que la sucede con el segundo Imperio y, en España, con la corte isabelina, ya románticas por herencia, románticas segundonas en las que el primer aspecto heroico del Romanticismo va modulando hacia su fase casera, rossiniana, con versos «de cámara» y música de salón. Burguesía que tiene su pontífice en el hombre de *Hernani*, y que, tras del aparato de la «Opera seria», va amartillando su ciencia, metodizando sus estudios fuera del ámbito de los seminarios, organizando eruditamente su orientalismo con Champoliones y Mariettes, que va creando los Diccionarios al tipo de los de Viollet-le-Duc y Chéruel, hijos de la Enciclopedia y que en los «Manuales» reivindica el derecho, aun burgués, aun no enteramente democrático, de una ciencia y de una historia al alcance de todos, mientras que el ama de casa inventa los semanarios con literatura por entregas y piezas fáciles de piano. El exotismo de precio módico y sin grandes esfuerzos crea las Agencias Cook. Stendhal viaja por Italia, Gautier y Dumas por España. Renan va a Tierra Santa. Y todos ellos viajan en la literatura, por y para la literatura, volátil esencia del alma romántica.

* * *

«Poesía y realidad» era ya el título de un romántico caracterizado del autor de ese «Werther», que, con ese Ossian, tan admirado por Madama de Stael, y el Obermann, de Senancour, forman la primera trinidad poética del Romanticismo, en la cual la época ve los modelos que debe copiar en la vida práctica: poco práctica, desde luego, en este sentido; pero que se desquita inventando el «confort». El Romanticismo, bisojo, sabía dirigir una mirada a la derecha y otra a la izquierda. De aquí nace esa serie de dualismos, de falsos dilemas, en los que se han empeñado inútilmente los defensores del Romanticismo tanto como sus peores enemigos. «Clasicismo y Romanticismo», «Cosmopolitismo y nacionalismo», «Positivismo e idealismo», «Naturalismo e Impresionismo», «Liberales y conservadores», «Progresistas y reaccionarios», «Jóvenes y viejos». El amor a los sufijos en «ismo» continúa hasta el momento actual, como si añadir una cola adverbial a un adjetivo bastase para enunciar una teoría (o un manifiesto), verdadera cola de renacuajo, que sólo cuando se pierde señala el comienzo de lo adulto.

ADOLFO SALAZAR

(Concluirá.)



Madrid

ENSAYO

TRISTEZA-DINERO-MUERTE

Si una inquisición de aquellas que hoy llenan la prensa política preguntara a todos los psiquiatras del mundo cuáles son los enfermos mentales que con mayor frecuencia hablan de dinero, la respuesta es muy fácil de prever. Con absoluta unanimidad—«némine discrepante»—todos responderían que los melancólicos.

Así es la verdad. La preocupación por el dinero parece ser la imagen de la depresión afectiva proyectada sobre el mundo exterior. Cualquiera que sea la estructura de una psicosis, siempre que en ella figure como elemento fundamental—primario o secundario—el colorido melancólico del ánimo, la idea de la pobreza se hallará seguramente entre los medios de expresión social de la enfermedad.

Las formulaciones concretas difieren de unos casos a otros. En general, el deprimido piensa en el dinero como en un bien perdido; la tensión del deseo de recuperarlo no parece igual en todos los enfermos.

Los casos más graves formulan la necesidad de dinero en un presente imperativo. «En casa no hay para comer...» «Nos hemos quedado sin un céntimo...» «Es la ruina, la ruina completa...» «¿Qué será de mis pobres hijos. No tenemos con qué pagar la casa. Yo, a la cárcel, y ellos, a un asilo». En el catálogo de frases diversas con que tales sujetos manifiestan su estado de ánimo, escojo éstas como más significativas.

El menos avisado en materias de Medicina mental encuentra pronto la característica del trastorno que obliga a estos desdichados enfermos a expresarse en el tono patético que se ha reproducido fielmente, a saber: las ideas transcritas resisten a toda evidencia lógica. Ya se les puede mostrar a cataratas el papel del Estado y los títulos de todas clases, montones de billetes de Banco en su caja de caudales; la evasión más inesperada arrollará todos los obstáculos de la lógica y dejará intacto y triunfador el contenido del delirio.

El modo de escapar varía, según los casos: Unas veces el enfermo desvaloriza aquello que se le opone. «Sí—exclama—; pero eso, ¿qué es? No hay ni para empezar a pagar lo que debo.» Otras veces neutraliza el valor dialéctico de la realidad, desarrollando su tristeza en otro sentido. «¿Pero no comprende usted que en cuanto se sepa todo el mal que yo he hecho ese dinero lo embargarán para responder de los perjuicios que causé?» De un modo o de otro—insistimos—, permanecen inmovibles en su convicción.

La violencia con que la idea de la pobreza resiste a contraste con la más evidente realidad no tiene nada de específica en la depresión. Es carácter esencial del delirio en cualquiera de sus modalidades. Es una manifestación de la influencia de los afectos sobre el curso del pensamiento. Un determinado estado de ánimo es capaz de realizar una verdadera selección en las ideas, provocando la dominación de aquellas cuya carga sentimental está de acuerdo con el signo afectivo reinante. Es una verdad vulgar con quien está triste sólo piensa cosas tristes, e inversamente. Sólo se precisa transportar al exceso caricaturesco de la psicosis esta noción, para admitir que la tristeza del melancólico puede inhibir su crítica, hasta el extremo de permitirle desconocer todo cuanto se oponga a su estado de ánimo.

Hay aquí en juego una ley económica de la psicopatología humana, que, a mi entender, no ha sido todavía puesta en claro con la suficiente precisión. Me refiero al hecho de que la emoción, señal de alarma que advierte al ser vivo que una vivencia ha puesto en juego uno de los intereses biológicos fundamentales de la personalidad, es algo que nace y se gasta; es decir, que ha de tener sus fuentes puesto que continuamente fluye y se pierde.

¿Dónde están esas fuentes? Somos deudores a Kretsch-

mer, en sus estudios sobre las neurosis de guerra, de una aguda inducción que aclara este problema. Cuenta Kretschmer que en los hospitales donde se asistían neuróticos de guerra, cualquier incidente ambiental violento era perseguido afanosamente por los enfermos, que se apretujaban en torno al espectáculo. Estaban «carbonando»; es decir, cargándose de la emoción que luego había de exteriorizarse en la realización de sus síntomas.

Otra especial característica tiene el delirio de pobreza de los deprimidos. Es la de que nunca se detiene sino en las consecuencias extremas de la falta de dinero. El melancólico no habla jamás de que habrá de reducir su tren de vida, sino que afirma llanamente que ha de morir porque carece de los bienes necesarios para entretener su existencia. Por este lado, la idea de la pobreza linda con la de la muerte.

Ello es una consecuencia de la función primordial del dinero. Muerte y pobreza están ligadas por un lazo que se ató en los albores de la historia del mundo, cuando el metal precioso, que fué dinero al acuñarse, representaba una propiedad conservable por tiempo indefinido sin alteración posible y canjeable en todo momento por todo cuanto podía satisfacer la exigencia instintiva fundamental: la de alimentarse.

Con el dinero triunfó el hombre de la hostilidad ambiente; fué un medio de asegurarse la subsistencia a despecho de las circunstancias mesológicas. En suma, expresión elemental de la necesidad de no morir, cuna y simiente de todas las instituciones de la humanidad.

Y a través de este lazo sutil, que reúne estos dos contenidos del pensamiento del melancólico, llegamos todavía más lejos. En efecto, en esta necesidad de vencer al tiempo hallamos la verdadera esencia de la tristeza. Es fácil ver cómo la afectividad y la noción del tiempo están estrechamente unidas. Cualquier experiencia desagradable, parece eterna. Los minutos de gozo, parecen segundos; años, los de tristeza.

Nuestra representación mental de la vida está construida a expensas de dos nociones fundamentales: la sucesión en el tiempo de estímulos circunambientales y la correlativa sucesión de reacciones individuales. Pero he aquí que hemos llegado a un punto en el que el continuo flujo de estas dos corrientes de sentido contrario (ya que la sucesión en el tiempo de estímulos circunambientales y la co- vivas al porvenir, para cruzarse ambas perpetuamente en el presente fugaz) se ha interrumpido, porque entre ellas se estableció un corto circuito que las detiene.

La inacabable variedad de estímulos afectivos que forman el suceder ambiental, cesa en el instante mismo en el que se ve sustituida por la monótona reiteración del mismo signo emotivo, viciosa proyección sobre el mundo del estado de ánimo del sujeto, que ha roto de este modo las barreras de la personalidad para sumergir al universo entero en su propia tristeza.

Llegamos, pues, a la formulación cronológica de la tristeza. Cuando la tensión de la melancolía rompe los límites de la personalidad y se vierte sobre el mundo, el cauce de las vivencias, que corre en una vertiente hacia el pasado, se mezclan y se reúnen deteniendo su curso en un círculo vicioso. Bruscamente la noción del tiempo desaparece en su valor afectivo. Y esta inmovilización cronológica, al racionalizarse, se convierte en la idea de la muerte.

He aquí los lazos que atan en el espíritu del hombre las ideas de pobreza y muerte con la depresión afectiva.

Enero 1930.

JOSE SANCHIS BANUS

GALICIA: EL CONTENIDO DE NUESTRO NACIONALISMO

Me parece más urgente cada vez aclarar el contenido que tiene para la gente joven de Galicia la palabra *nacionalismo* porque, al verla empleada a diario en el libro y en la Prensa con una acepción distinta, temo se la crea representante de una retrógrada doctrina política muy al día. Y más ahora, en este momento de la historia en que la juventud española se asoma al primer plano de la opinión para condenar cuanto no sea avance y remozamiento espiritual.

Para nosotros, el nacionalismo designa un sistema político—con las consiguientes repercusiones en los demás dominios de la actividad humana—esencialmente realista. Nación no es, pues—no puede ser—, un mito, mejor o peor encubierto, en torno al que se ciernan oscuros designios, pobres beaterías o ímpetus de barbarie. Al revés: nación es, en nuestro ideario, una unidad étnica sobre una unidad geográfica y con una unidad de fines.

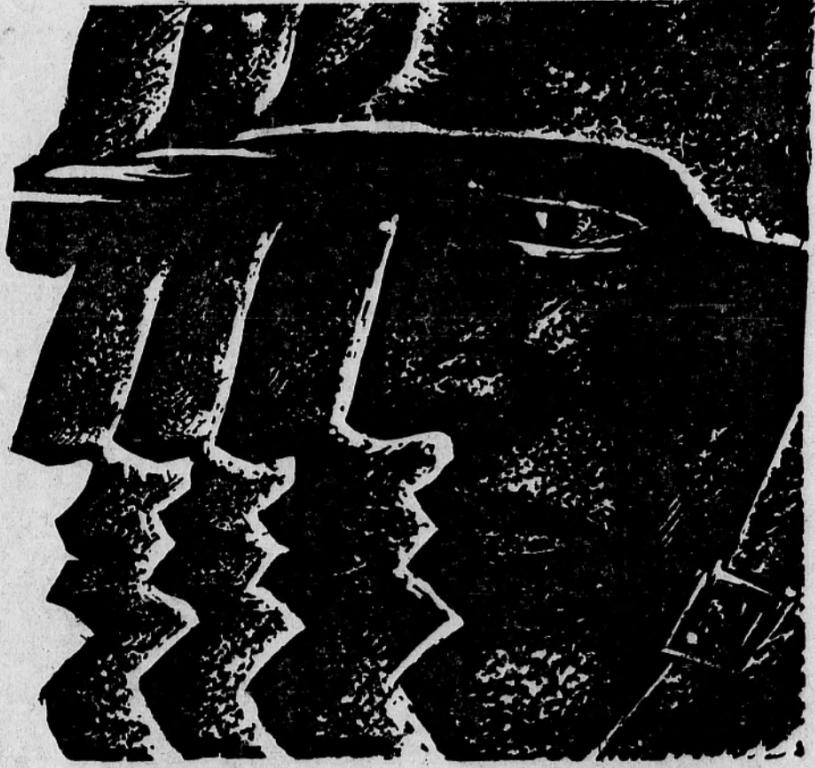
Sólo quien conozca a su nación y pueda vivir y comprender la trama profunda de su ser, su contextura psíquica, puede asumir el papel de creador de valores que ser político representa. Por eso, un sistema político—y de políticos—ha de hallarse vinculado con la realidad de su nación en los hechos diferen-

ciales y concretos que la constituyen. Estará interesado en sus fines, como ciudadano, en una parte mínima, y como representante de la voluntad de creación de la colectividad, en la parte máxima. El más repugnante de los crímenes—se dice en un libro de Unamuno—lo constituye el hecho de que un rey—un político en general, añadido por mi cuenta—no quiera a su pueblo. El conquistador pasa como ráfaga meteórica a través de los continentes arrastrado por un poder equivoco que, por no haberse encauzado en una jerarquía de valor, se destruye a sí mismo mordiendo su propia cola, devorando a sus hijos. Reciente está la última locura de esta estirpe. El Káiser, postrero eslabón de una cadena política sin sentido y, por lo tanto, sin salida racional, provocó la guerra que destruyó los limos abisales que nutrieran la cultura de occidente. Los libros de la guerra y los diarios de las clínicas aluden a jirones, que sobrenadan, de esa profunda destrucción.

Mas no se deduzca que buscamos una postura de espaldas a la frontera en el orden cultural. Al revés, en los pocos anhelos de expresión de nuestras modalidades y ansias no faltó nunca un traslúcido afán de aprender a vernos y a conocernos al través de los prismas más ex-

traños, único modo de compensar los posibles subjetivismos. Además, una raza tan prolífica como la nuestra, con un coeficiente de emigración subido, debe ante todo, para no quebrar su homogeneidad, saber verse a sí misma con honradez desde todos los paralelos y referirse a las direcciones fijas que la caracterizan, a sus coordenadas psicofísicas. Nuestro profundo galleguismo no pugna con las corrientes de difusión e intensificación culturales. Creemos que sólo siendo, antes que nada, congruentes con nuestra condición podremos ser por añadidura hombres universales—no cosmopolitas—con un sentido total humano «vivir toda la humanidad»; creemos que es esencial para una vida superior agotar antes en creaciones la dote peculiar que los individuos y las razas poseen. Sólo así es posible la participación fecunda, original, en círculos biológicos culturales más amplios. La humanidad se enriquece—como la vida—, no en la medida que se simplifica, sino en la medida que se diferencia y matiza. Esta verdad, tan obvia, la echaron de menos y la echan aún, los que cifran el ideal supremo de la sociedad en un hombre hecho a la medida con arreglo a un patrón internacional: el hombre-metro. No sé si con lo dicho habré logrado afirmar que, en sus líneas generales, todos mis compañeros de generación suscribirían mis asertos.

OTERO ESPASADIN



ERNST JOHANNSEN

**CUATRO
DE
INFANTERIA**

C E N I T

Ha sido publicada en folletón por cuarenta y cinco diarios alemanes. El autor, Ernst Johannsen, joven obrero electricista de la quinta del 18, ha conquistado la celebridad universal con esta emocionante novela de la guerra.

“Hay en las trincheras noches espantosas, llenas de fuego, gritos, estertor de agonizantes, estallidos de látigos, silbidos de granadas, estruendo de minas y de bombas, voces de mando, rugidos de viento, lluvia, agua, sangre, barro...”

Toda esta dantesca visión de la guerra la ha descrito como nadie Ernst Johannsen en

CUATRO DE INFANTERIA

Pedidos contrareembolso de 5 pts. a
EDITORIAL CENIT, S. A.
APARTADO 1229 — MADRID

Exclusivas de venta en librerías:

C. I. A. P. LIBRERÍA FE PUERTA DEL SOL, 15

EDICIONES ORIENTE

4 libros que necesita usted leer:

1. **TAMPICO**, por J. Hergesheimer.

La «gran novela del petróleo mejicano» que tanta repercusión ha tenido en los centros financieros de Norteamérica.

2. **EL JUICIO FINAL**, por Cami.

El mejor humorista francés, ha consagrado su fama con esta novela «prematura», en la que se describen escenas e incidentes del juicio final.

3. **LOCURA Y MUERTE DE NADIE**, por Benjamín Jarnés.

Es una novela de Jarnés; y esto basta para no dudar de su interés.

4. **ARIEL O LA VIDA DE SHELLEY**, por André Maurois.

Pregunte usted la opinión sobre este libro de cualquiera que lo haya leído; todos coincidirán en que ninguna novela les ha producido un rato de mayor emoción que la lectura de ARIEL.

EXCLUSIVA DE VENTA EN LIBRERÍAS: C. E. P. MARQUES DE CUBAS, 9 — MADRID

EDICIONES ORIENTE
GENERAL ARRANDO, 18 - MADRID

Publicaciones de la Revista de Occidente

“Investigaciones lógicas”

por E. Husserl

El libro filosófico más importante aparecido en este siglo.

Cuatro tomos, a 10 pts. cada uno.

“Los seis grandes temas de la metafísica occidental”

por Heinz Heimsøth

12,50 pesetas

Acaba de ponerse a la venta:

“El mundo de las sensaciones táctiles”

por David Katz

Un volumen con once láminas. Precio: 10 pesetas

JAVIER MORATA

HA PUBLICADO:

Marcelino Domingo: LIBERTAD Y AUTORIDAD.—7,50 pesetas.

A. Fabra Rivas: LA ORGANIZACION INTERNACIONAL DEL TRABAJO.—5 pts.

Pablo Iglesias: AL SERVICIO DEL PUEBLO.—5 pts.

F. Largo Caballero: PRESENTE Y FUTURO DE LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES DE ESPAÑA.—4 pts.

A. Lerroux: AL SERVICIO DE LA REPUBLICA.—5 pts.

J. Noguera: MORAL, EUGENESIA Y DERECHO.—5 pts.

Angel Ossorio: EL ALMA DE LA TOGA. 3.ª edición.—5 pts.

Angel Ossorio: ESBOZOS HISTORICOS.—5 pts.

Fernando de los Ríos: EL SENTIDO HUMANISTA DEL SOCIALISMO.—7,50 pts.

M. Ruiz-Funes: DELITO Y LIBERTAD.—5 pts.

Julio Senador: AL SERVICIO DE LA PLEBE.—5 pts.

Jaime Torrubiano: AL SERVICIO DEL MATRIMONIO.—5 pts.

F. Villanueva: EL MOMENTO CONSTITUCIONAL. 3.ª edición.—5 pts.

Julián Zugazagoitia: UNA VIDA HEROICA (Pablo Iglesias).—5 pts.

Julián Zugazagoitia: UNA VIDA ANONIMA (Vida socialista).—5 pts.

en todas las librerías de España y América

EDITORIAL PLUTARCO

ACABA DE PUBLICARSE:

Segundo tomo y mapas de

La España del Cid

DE

Ramón Menéndez Pidal

Director de la Real Academia Española

VIDAS

CAVOUR

DE

Mauricio Paleologo

de la Academia Francesa

Colección de autores contemporáneos

Ediciones reducidas y numeradas, en papel de hilo:

LA AMANTE, versos, segunda edición, por Rafael Alberti.

EL ARTE DE BIRLIBIRLOQUE, por José Bergamín.

LECTURAS DE HISTORIA DE ESPAÑA

por

Claudio Sánchez Albornoz y Aurelio Vías

LA QUINCENA INTERNACIONAL

LA HAYA

No hagamos mucho caso de aspavientos que forman parte del sistema mismo de regateos empleado por las diversas Delegaciones. Era difícil, casi imposible, que la segunda Conferencia de La Haya no lograra el acuerdo final. Cuando menos, sobre el punto esencial: la «estabilización» de las deudas de guerra alemanas. Y no tanto porque el terreno se hallara seriamente desbrozado y las soluciones estudiadas—por la tempestuosa Conferencia preliminar y por las más serenas reuniones de los técnicos—cuanto porque en realidad coincidía el interés de todos en llegar a ese acuerdo. El interés del Reich, deudor, y de los ex aliados, acreedores. Mayor aún, sin duda, aquél.

Pese al plebiscito, a las taladronadas de Hugenberg, a las maniobras del doctor Schacht, ¿quién ignora que el conjunto de arreglos que lleva el nombre de Owen Young representa un importante alivio para Alemania, comparado con el que apadrinó el general Dawes? Sobre todo, la ventaja de fijar un total concreto, un límite a las cargas impuestas. Aparte del escalonamiento y las modalidades de los pagos, del lado económico; y del lado político, la evacuación de Renania, con la posibilidad de cooperación entre ex enemigos. La colaboración efectiva, si se quiere, está implícita en el Banco Internacional. Pero aquí se trata de la colaboración de elementos que nunca dejaron de entenderse—aun en plena guerra—: la plutocracia internacional sólo conoce las fronteras en cuanto favorecen sus negocios, sirven de espejuelo a los ingenios y de barrera contra uniones peligrosas de «los de abajo».

La táctica dictatorial del presidente de la Reichsbank ha tenido en la política interior alemana un resultado harto distinto del que buscaba. Ha alejado del primer plano de las negociaciones a los ministros socialistas y obligado a un partido de conservación social, como el populista, a asumir la responsabilidad—con Curtius y Moldenhauer—de la firma del Protocolo. Al unir en esta obra de reconstrucción a los populistas con las izquierdas demócrata y socialista, el doctor Schacht ha hecho difícil la concentración burguesa de derechas en Alemania, soñada por Hugenberg, y reforzado involuntariamente el régimen republicano en el Reich.

Este resultado bien vale la transigencia que hubo de manifestarse en la solución del problema de las sanciones eventuales. En realidad se ha logrado en este punto una de esas ficciones verbales, en que ha mostrado siempre habilidad la generación que nos precedió, aunque a las nuestra suenen tan a falso. Menos mal que esas pueriles acrobacias diplomáticas tienen una consecuencia feliz. Son como un escape para maniobras más peligrosas, y dejan a la voluntad de paz constructiva de los pueblos un poco de resquicio y de tregua aprovechable.

Bulgaria, pobre, casi arruinada, da, sin embargo muestras de leal buena voluntad y de un deseo sincero de cum-

plir las obligaciones que le fueron impuestas. Pero la dictadura húngara, segura de contar con el apoyo de la reacción europea—cuya solidaridad internacional no es un mito—adoptó la actitud clásica del «tramposo», y no parece dispuesta a ceder sino ante la fuerza.

GINEBRA

Coincidiendo con la LVIII reunión de su Consejo, la Sociedad de las Naciones ha cumplido y celebrado su x aniversario. Amigos sinceros y enemigos disrazados han necho el balance de este decenio. Se ha ensalzado su labor y se le han hecho—una vez más—reproches. Sobre su lentitud, su timidez, su constante eludir soluciones y actitudes decisivas, rotundas.

¿Son del todo razonables estas censuras? No, a mi entender. Porque no es justo pedir a un organismo internacional, emanación de los Estados que lo constituyen todavía (todavía no es realmente de los pueblos) y compuesto por los representantes de las clases gobernantes, que sea más perfecto, más idealista, más decidido para la reforma que esos elementos constitutivos. ¿Cómo podría ser la suma de índole distinta a sus factores?

En esta reunión de Ginebra ha iniciado Arthur Henderson un intento de veras importante, pero harto difícil: poner de acuerdo la vaguedad del Pacto Briand-Kellogg, conjunto de meras aspiraciones, con las estipulaciones concretas del Covenant de la Liga. Se continuará... Acaso se llegue, dentro de algún tiempo, a una fórmula de avenencia. Ojalá no sea a costa del Covenant.

LONDRES

En cuanto a la Conferencia Naval que el día 21 reunió en el antiguo palacio de Saint James a presidentes del Consejo, ministros, representantes y técnicos de las cinco principales potencias navales, sería prematuro formular un juicio sobre sus trabajos cuando sólo se hallan iniciados.

Hace algo más de ocho años—el día siguiente al tercer aniversario del Armisticio, en 1921—se abrió en Washington la primera Conferencia destinada a detener la ruinosa carrera de los armamentos navales. Algo se logró en ella. Más—bastante más—que en los intentos que han seguido durante esos ocho años, casi totalmente negativos.

En realidad, la Conferencia de Londres se enlaza directamente con la de Washington. Los mismos problemas se presentan en parecida forma. No hubo mucha dificultad entonces en lograr el acuerdo sobre la reducción de acorazados y cruceros de gran tonelaje. Tampoco la habrá, creo, esta vez. Los Gobiernos—y hasta los técnicos, cosa casi increíble!—están acordes en admitir que esas enormes masas, que cuestan fortunas, son hasta para sus mortíferos fines de una eficacia discutible y de una vulnerabilidad excesiva. Y la necesidad de realizar economías es uno de los comienzos de la cordura en materia de dispendios militares.

La reducción de cruceros y destructores fué entonces, y será ahora, más es-

pinosa, aun tras las conversaciones entre Mac Donald y Hoover. El problema de los submarinos no se resolvió en Washington y tampoco se resolverá en Londres. Pese a Washington, el conjunto del desarme—naval y terrestre—habrá de resolverse—algún día—en Ginebra.

Desde la Conferencia de Washington han surgido, además, dos controversias importantes: sobre el método mismo de reducción y en torno a la rivalidad de Italia con Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Japón preconizan la reducción por categorías de burgueses. Francia e Italia piden, en cambio, que se limite el tonelaje global, y que dentro de la cifra que le sea asignada, cada país pueda distribuir sus fuerzas navales como mejor le convenga. La base de esta controversia es, otra vez, la cuestión del submarino, que sólo Francia y Japón pretenden conservar como arma esencialmente defensiva, mientras las demás potencias votarian gustosamente su desaparición.

La adhesión de Italia a la proposición de suprimir el sumergible forma parte de su plan táctico, que consiste en aislar a su rival en la Conferencia de Londres, con el fin de que Francia aparezca como responsable de los eventuales desacuerdos. Sabido es que Italia aceptará toda proposición que tienda a suprimir o reducir considerablemente cualquier tipo de buque—el estado de su Hacienda es el freno más potente contra su acelerador belicista—contal de que pueda tener en todo caso fuerzas iguales a las de Francia. Conocida es también la réplica de ésta: que teniendo Italia costas y posesiones en el Mediterráneo y cercanías tan sólo, mientras ella ha de vigilar en litoral atlántico, el del canal de la Mancha y mar del Norte, y a la vez asegurar sus comunicaciones con lejanas dependencias en cuatro partes del mundo, la paridad reclamada por Italia supondría, de hecho, una superioridad considerable.

Las mismas limitaciones impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles en materia de armamentos, han redundado a la larga en su beneficio. ¿Qué magnífico argumento en favor del rápido desarme! Prohibida su aviación militar, ha concentrado todos sus esfuerzos en la aviación civil; y mientras las potencias victoriosas y militarizadas se extenuaban en experimentos estériles para problemáticos bombardeos, ella organizaba la más formidable red de comunicaciones aéreas—civiles—de Europa. Limitada su construcción naval, ha intentado construir un crucero tan eficaz y potente como los de sus antiguos adversarios, mas dentro de los límites de tonelaje a que tiene que sujetarse. Lo ha logrado, superando los más optimistas cálculos. Y el «modelo de bolsillo», como lo llaman humorísticamente en Inglaterra, puede decirse que está en la mesa de la Conferencia, influyendo en los planes de reducción que proponen en el sentido los mismos Almirantazgos, refractarios hace unos meses a abandonar sus costosos monstruos de 35.000 toneladas.